

“Fábulas Argentinas” Godofredo Daireaux

(«El hombre dijo a la oveja...»)

Godofredo Daireaux

Godofredo Dalreaux, autor del original y curioso libro que va a leerse, puede, en cuanto escritor, ser reivindicado por los argentinos como compatriota.

En efecto, nacido en París en 1849, antes de los veinte años desembarcaba en Buenos Aires, para asociarse a la vida de este pueblo nuevo, y seguir -cooperando directa o indirectamente en él-, su desarrollo material e intelectual.

Su espíritu y su carácter le permitieron amoldarse muy pronto a su segundo centro de actividad, y se connaturalizó con nosotros hasta ese punto avanzado que, si excluye la tibieza, no elimina el sentido crítico: el cariño razonado y fecundo, no la pasión ciega.

Daireaux no venía a Buenos Aires a escribir, en realidad de literato de importación: buscaba campo en que ejercitar sus fuerzas de luchador, y creía hallarlo amplio y proficuo en estas tierras cuasi vírgenes, recién visitadas por la civilización. Pero ya había en él -porque esto no se hace artificialmente- un artista pronto a la emoción de las cosas exteriores y de los sentimientos internos, y dispuesto a recoger, quizá instintivamente, los ricos materiales que se le brindaban al paso y que más tarde había de modelar con tanta maestría. Y su talento de observador sagaz, su vista clara y penetrante, su criterio agudo y bondadoso, su filosofía -mezcla positivista de optimismo y pesimismo-, se pusieron a la obra desde el primer momento.

Y esa connaturalización íntima -se ve en cada página que escribe, el amor de Daireaux a esta su segunda patria- es lo que permite reivindicarlo como escritor argentino.

Desde los primeros momentos el campo lo atrajo como la gran usina en que se elaboraba el porvenir material de este país, como la fuente de riqueza que nos permitiría más tarde dar libre vuelo a nuestras ambiciones intelectuales, y también como un centro de «objetivación» original, peculiarísimo, lleno de la poesía de los hombres primitivos e ingenuos, y de la que rebosa de los espectáculos de una naturaleza grande y melancólica, primitiva e ingenua también.

Poco tiempo después de su llegada, en 1872, la pampa comenzó a verlo cruzar frecuentemente a caballo, fraternizar con sus hijos, interesarse por sus peculiaridades. El rancho, los cañadones, las colinas, las sabanas tendidas hasta el confín del horizonte sin una inflexión, la fogata del campamento improvisado, en que la llama barniza la cara atezada del gaucho y enreda sus luces en las barbas negras y pobladas, los bañados llenos de un hervidero de vida invisible, las fantásticas puestas de sol, todo, todo fue revelándole sus misterios y familiarizándose con él. Parecía como que hombres y cosas, en ese estado ingenuo y sin preocupaciones, con el instinto infantil, adivinaban al amigo, preveían al cantor de sus bellezas y bondades.

Y en esa frecuentación, Daireaux desarrolló en sí mismo dos entidades: la del hombre práctico que ha podido realizar obras tan útiles como *La Cría del Ganado* y el *Manual del Agricultor Argentino* -verdaderos libros de texto para nuestros estancieros y agricultores-, y la del artista enamorado del elemento plástico y peculiarísimo que le proporciona nuestro país -suyo también ahora-, y capaz de modelarlo de sintetizar su belleza, de poner en pleno relieve su originalidad.

Por esto, no es un francés que pinta lo que ha visto en tierras extrañas; es un compatriota que, educado lejos del país, ha podido hacer comparaciones y ver mejor sus cualidades, sus defectos, su hermosura y su fealdad, su originalidad en fin.

Como tiene a su disposición un estilo claro, pintoresco, espiritual; como en sus páginas vaga una sonrisa de crítica benévola; como sus descripciones de la naturaleza son vivas, exactas y sugerentes; como hombres y animales brotan con todo su carácter de su pluma -sus libros criollos lo colocan en primera fila entre los escasos cultivadores del género.

Nunca pinta de *chic*, al capricho de la imaginación, sino del natural y perfectamente documentado.

En sus *Tipos criollos*, frondosa colección de ciento cincuenta cuadritos animados y paisajes llenos de luz, de color y de verdad, hay páginas de admirable limpidez en que parecen palpase las cosas, tocarse los hombres, aspirarse el ambiente pampeano.

Y nada de fotografía. Nada de amontonamiento de inútiles detalles, en que todos los planos tienen igual valor. No, sino la síntesis artística, que encanta por su sencillez, y en que lo superfluo se desvanece en las penumbras o se pierde en la sombra. La inspiración de la facilidad aparente que hace decir a menudo:

-¡Eso yo también lo escribiría!

Y una frescura, un sabor, un entusiasmo entre líneas, que hace creer que el autor es un joven de veinticinco años, no un hombre maduro, desencantado por la experiencia, ocupado en frías y graves tareas. Pero, quién sabe si Daireaux no conserva y no conservará por mucho tiempo todavía, la inmarcesible juventud del alma que suele ser dote de los verdaderos artistas.

Es de los pocos escritores nuestros que, habiéndose inspirado en la observación directa, habiendo vivido lo que escriben, no sólo hacen obra fundamental y duradera, sino que vencen también a las imaginaciones mas arrebatadas,

pues éstas suelen pasar desdeñándolo, ante lo peculiar de hoy, que consideran trivial, sin advertir que eso mismo puede ser lo original e interesante de mañana, sobre todo en países que, como el nuestro, se hallan en un período de violenta transición.

Saber mirar, apreciar, aquilatar lo que está diariamente en contacto nuestro, vaticinar sus proyecciones, su valor documental futuro, es ser poeta, es ser artista. La página que ahora se lee quizá con indiferencia, será mañana una piedra preciosa. Lo que hoy parece vulgar porque todo el mundo lo ve, aunque muy pocos sean capaces de describirlo, sintetizarlo, arrancarle su íntimo secreto, dejará de parecerlo en cuanto el fenómeno cese y desaparezca. El viajero ignorante que va a bordo, suele no advertir la marcha del buque. El marino la siente y la ve.

Fácil hubiera sido a Daireaux calcar, como tantos otros, las literaturas extranjeras, ajustarse a la *moda*, seguir a tal o cual escritor francés, imitar a este o aquel literato español.

No ha caído en error semejante. Sabe bien que la copia o el *pastiche* vale siempre mucho menos que el original, y su espíritu no le permite desdeñar lo cosechado por sus propias manos. Edifica con lo nuestro, con lo suyo. Construye, por lo tanto, parte del cimiento de lo que será literatura nacional.

No se preocupa ni ocupa siquiera de escuelas o de dogmas. Viste su observación o su idea con el traje que le parece más adecuado. No toma, como se hizo en otro tiempo, asuntos falsamente nacionales, para tratarlos con un amaneramiento más artificial aun. Su pluma esquiva por instinto los productos híbridos. Fondo y forma brotaron para él de la tierra, como un diamante a veces, como un fruto siempre.

-¿Dónde ha aprendido usted a emplear un lenguaje tan propio de nuestro medio? -le preguntaba un amigo.

-En el campo... con los gauchos -contestó sencillamente.

Cuando *hay algo adentro* ¿qué mejor maestro que la realidad?

Quizá para los académicos a todo trance, el estilo de Godofredo Daireaux se resienta por ese mismo mérito y sin embargo, esa ingenua frescura de lenguaje que pasando por el alma primitiva y la imaginación pintoresca del campesino, viene a servir luego a un escritor de raza, es al propio tiempo documentaria, artística, poética. Más vale escribir con fuego que con hielo; y la gramática suele helar cuanto toca, si no se tiene bastante calórico para contrarrestarla. Escribir según las reglas suele ser como echarse a nadar con la teoría...

Quizá también la lengua materna juegue alguna mala pasada al escritor... *Peccata minuta*: un pliegue descuidado no puede amenguar la belleza de una soberbia estatua.

Y Daireaux quedará cuando muchos académicos se hayan ido para no volver, y sus libros evocarán para los que lleguen más tarde nuestra vida argentina de cuando este país nacía a la civilización, y era original, espontáneo, interesante, sin doblez ni convencionalismo.

Todas las cualidades del autor resaltan en sus páginas. El libro es una hazaña, por otra parte: muchos han intentado, aquí y allá, recoger la pluma de Lafontaine o la de Samaniego; muy pocos han alcanzado una apariencia siquiera de originalidad. Éste es original, y en grado sumo.

¿Qué mejor recomendación puede hacerse después de lo ya dicho?...

ROBERTO J. PAYRO

Al lector

A medida que uno envejece, le entran como loca picazón las ganas de dar consejos. ¿Será que, no pudiendo ya sacar provecho de su tardía experiencia, el hombre la ofrece de regalo a los que todavía la pueden utilizar?

Puede ser.

Pero los consejos, y más todavía las críticas, a que también da la experiencia cierto derecho, tienen que ser envueltos en algo muy dulce para que el paciente consienta en tragárselos, y que del remedio se pueda esperar algún efecto. Y por esto es que, desde tantos siglos, se ha imaginado el apólogo. Con él, ha podido un pobre esclavo, como el gran fabulista frigio Esopo, cantar verdades a su amo sin ser muerto a azotes; con él, ha podido Rabelais, el jovial cura francés, mofarse de los clérigos viciosos de su tiempo, sin acabar en la hoguera; por él, Lafontaine ha popularizado tantas máximas de moral y tantas reglas prácticas de conducta, que sus fábulas han contribuido más al progreso de la humanidad que cien tratados de filosofía.

Estos maestros y muchos otros han dejado tan trillado el campo del apólogo, que poco queda que espigar en él; y por mi parte, no me habría atrevido a hacerlo, si, durante muchos años, no hubiera sorprendido entre los animales que pueblan la Pampa, mil conciliábulos que sería lástima dejar perder, pues no desmerecen sus lecciones de las que nos han venido de allende los mares.

Es de sentir, por cierto, que no hayan tenido por intérprete de sus gestos graciosos y de sus conversaciones instructivas a algún inspirado poeta, capaz de traducirlos en versos lapidarios, pero no pude yo sino tomar fieles apuntes de lo que vi y oí, y reducirlos a simple prosa corriente para los que ignoran el idioma de los bichos pampeanos.

Los hay entre éstos, llenos de picardía, de envidia, de ingratitud, de egoísmo, de orgullo, de avaricia, de ignorancia, de mala fe y de muchas otras cosas feas, cuya enumeración sería mucho más larga que la lista de sus virtudes; y no hay duda que el hombre es muchísimo mejor que esos seres inferiores. Pero podría suceder ¿no es cierto? por una gran casualidad, que también se encontrasen hombres que no fueran modelos de lealtad, de desprendimiento, de gratitud, de modestia, de generosidad, de buena fe, y para enseñarles a corregirse, el apólogo es y siempre será de gran resultado; por lo menos podrá servir de desahogo al que sienta la imperiosa necesidad de reprender sin herir, y si por sus alusiones y sus indirectas, las fábulas hacen cosquillas al que las oiga... ¡que en silencio se rasque!

Bien raras veces, por lo demás, se da uno por aludido: cuando, en un círculo de muchachos, algún travieso ha pegado con alfiler colas de papel a dos de sus compañeros, todos, por supuesto, se ríen, pero, más que los otros, siempre los dos que llevan la cola.

La fábula no hace personalidades; y su gran poder, justamente, consiste en que a nadie choca, ya que siempre puede cualquiera desconocer en ese espejo las arrugas de la propia cara y aplicar a otro la semejanza; pero no por esto deja de ser siempre más eficaz la sonrisa indulgentemente burlona del fabulista que la voz severa y los ojos redondos del pedante.

También te diré, lector, el porqué del título.

Estábamos un día en un corral de ovejas arreando despacio los animales al chiquero, y nos hablaba un compañero de un sujeto a quien habían explotado muy feo los mismos que, bajo forma de habilitación, parecían ayudarlo, cuando lo interrumpí diciendo: «¡claro! pues: el hombre dijo a la oveja...»

Y un gaucho, un peón, que caminaba algunos pasos delante de nosotros, al momento dio vuelta la cabeza y alargó el pescuezo, prestando con interés el oído en espera del resto. No seguí ese día, porque no había tiempo, pero la mirada hambrienta de cuentos de ese hombre había bastado para que me decidiera a juntar todos los que andaban sueltos en el cajón de mi mesa y también en mi cabeza, haciendo de ellos el modesto lío que aquí te ofrezco.

Y si también las llamé *Fábulas argentinas*, es que, aunque lo mismo pueden ser de aplicación en cualquier otro país, me han sido inspiradas, casi todas, por acontecimientos y personajes argentinos, o por sucesos e incidentes acaecidos aquí, entre gente radicada en esta tierra; y que sus actores son, con muy pocas excepciones, animales pertenecientes a la fauna argentina.

G. D.

El hombre y la oveja

El hombre dijo a la oveja: -¡Te voy a proteger!

Y a la oveja le gustó.

-Apenas -dijo el hombre- tienes en las espaldas, para resistir al frío, algunas hebras de gruesa lana. Vives en rocas ásperas, donde tienes que brincar a cada paso, con riesgo de tu vida, para buscar el escaso alimento, el pobre pasto que allí crece. Los leones no te dejan en paz. Crías hijos flacos con tu poca leche, y da pena ver en semejante miseria a ti y a toda tu familia. Ven conmigo. Te daré rico vellón de lana fina y tupida, perseguiré a tus enemigos, curaré tus enfermedades, tendrás parques seguros y prados abundantes. Verás, tus corderos, ¡qué gordos serán! Ven, pues; te voy a proteger.

Y fue la oveja, balando de gozo.

El hombre, primero, la encerró en un corral. Quiso ella salir; un perro le mordió el hocico.

Le hirieron en la oreja con un cuchillo y la metieron en un baño, frío, de olor muy feo.

Por fin, de compañero, le dieron un carnero que a ella no le gustaba nada.

En vano protestó.

-Es para tu bien -dijo el hombre-: ¿no ves que te estoy protegiendo?

Poco a poco se fue acostumbrando.

Sus formas agrestes cambiaron por completo; sus mechones cerdosos se volvieron lana, y se hinchó de orgullo al ver su hermoso vellón.

Entonces, el hombre la esquiló.

La oveja tuvo magníficos hijos, rebosantes de salud y redondos de gordura.

El hombre se los llevó, sin decirle para donde.

La oveja quiso saltar el corral para seguirlos, y rompió un listón de madera. El hombre, furioso, asestándole un golpe en la cabeza:

-¡Vaya! -dijo-, ¡métase uno a proteger ingratos!

La mariposa y las abejas

De flor en flor iba la mariposa, luciendo sus mil colores, más linda que las mismas flores, más divina que un pétalo de rosa.

A cada paso, en sus revoloteos, encontraba a las abejas, atareadas siempre, siempre afanadas. Asimismo, como sabía dejarles el paso, saludándolas afablemente, las abejas le habían criado cariño, y de cuando en cuando se dignaban algunas de ellas conversar un rato con ella.

Así se enteró la mariposa de cómo las abejas edificaban su colmena, la proveían de todo lo necesario para el invierno, tenían sus depósitos llenos y hasta podían dedicarse a un negocio lucrativo de intercambio de productos con otros insectos.

Se le ofrecieron mucho, poniendo sus casas a su disposición, prometiéndole mil cosas, rogándole que las ocupara, sin cumplimiento.

La mariposa, llena de imaginación, se figuró que con semejante ayuda, podría también ella poner negocio. No había trabajado, hasta entonces, en recoger la miel, sino para su consumo personal; pero, como las abejas, sabía juntarla, y lo mismo que ellas, podría muy bien hacer fortuna.

Sólo le faltaba un poco de cera para empezar y algunos otros materiales para formar la colmena.

Fue a ver a sus amigas las abejas, a pedirles la cera.

Una, desde el umbral de su casa, le contestó que, justamente en este momento, acababa de disponer de la poca que tenía guardada, y que de veras sentía mucho no poderla favorecer.

La segunda entreabrió la puerta, y le dijo que todavía no tenía cera disponible; y la tercera, por la ventana, le gritó que recién al día siguiente la iba a tener.

Otra, con mucha franqueza, le contestó que, realmente, tenía, pero que la iba a necesitar y no se la podía prestar.

Y la mariposa volvió a sus flores, convencida de que de los mismos que se ofrecen, muchos han tenido, muchos tendrán, muchos van a tener, muchísimos tienen y se lo guardan, y que, si los hay, bien pocos deben ser los que tienen y dan.

El tigre y los chimangos

Un tigrecito, joven y de poca experiencia, se había fijado que cuando volvía de la caza, los chimangos se juntaban por centenares alrededor suyo, saludándolo con su simpática gritería, mientras devoraba la presa.

-Nosotros los tigres -pensaba-, como príncipes que somos, pocos amigos leales solemos tener. Adulones no nos faltan, por cierto, que siempre tratan de sacar de nosotros alguna tajada, o miedosos y cobardes, que con tal de alejar de sí nuestra ira, serían capaces de las más bajas vilezas. Pero estos chimanguitos no son ni uno ni otro. Se conoce a la legua que sus gritos son de sincera y pura alegría, de felicitación desinteresada, pues nunca vienen, estando uno de nosotros, a pedir siquiera una lonjita de carne. Tampoco nos pueden tener mucho miedo, pues son tan flacos que no valen un manotón, y bien lo saben ellos, por cierto. ¡Éstos, sí, pues, son verdaderos amigos!

Un día, volvió sin haber podido cazar ninguna presa.

Como siempre, muchos chimangos había alrededor de la guarida paterna; pero calladitos.

-Tristes están los pobres -pensó el tigrecito-, porque ven que vengo sin nada y les da lástima verme pasar hambre. ¡Qué buenos amigos!

Enternecido, contó el hecho a su padre, quejándose sólo de no poder conocerlos a todos uno por uno, para quererlos más.

-¿Quieres saber cuántos son? -le dijo el viejo-. Pues, hazte el muerto, no más, y pronto se van a juntar todos.

Así hizo nuestro tigrecito. Al rato, empezó la gritería, y venían chimangos, y más chimangos; demasiados eran para poderlos contar, ¡y casi lloraba de gusto el tigrecito al verse rodeado de tantos amigos!...

De repente sintió que dos de ellos, creyéndolo muerto de veras, le empezaban a picotear los ojos, y conoció su error.

La gaviota

La gaviota, como lo sabe cualquiera, nunca se queda muy atrás para ganarse la vida. De gañote algo ancho, de apetito insaciable, poco delicada, le mete pico a cualquier bocado, caiga del cielo o sea pura basura.

Con esto, algo doctora: y si deja de comer un rato, no por ello cierra el pico, pues también le sirve para charlar. ¡Dios nos libre de sus gritos cuando habla de política!

A pesar del pelaje, es prima hermana, dicen, del ave *negra*, que llaman, en los pueblos de campaña.

Por allá, busca a los que andan por pleitear; atiza el fuego; los manda a su primo que vive en el pueblito, y éste se las sabe componer de tal modo que todos salen perdiendo, menos él, por supuesto.

Son dos diablos muy vivos, muy útiles en día de elección, y muy amigos del juez.

Un día, se quejaban todos los animalitos que viven en la campaña, de la invasión de la langosta. Los que más habían trabajado eran los más afligidos.

-¡Pensar todo el año -decían-, y no cosechar ni Cristo! Ni un grano va a dejar esta maldita langosta, ni una hebra de pasto. ¡Si el gobierno, siquiera, bajase el impuesto!

-Al contrario -dijo uno-; han votado otro más para matar la langosta.

Y todos se callaron, deplorando su miseria. Sola, la gaviota parecía más bien risueña. Uno le preguntó por qué.

-Amigo -le contestó-, el que sabe vivir, hasta de la langosta vive.

El arroyo y el cañadón

Angosto y transparente, corría el arroyo, con su incesante cuchicheo, sobre su hermoso lecho de piedritas, en mil saltos alegres, entre sus riberas floridas.

Extendido en todo lo ancho de la llanura, reflejando las nubes espesas, mudo, dormía el cañadón perezoso, tapado en partes por su sábana de juncos y duraznillos.

El primero brindaba, con amable generosidad, a las haciendas sedientas el cristal de sus aguas.

-Pocas, pero buenas -les decía, sonriéndose, con su vocesita cantante-; tomen sin cuidado. Son limpias y sanas. No teman que se les acabe; vienen de a poco, pero para todo y para todos alcanzan. No se secan nunca: siempre corren renovadas.

-¿Qué diré yo, entonces -dijo el cañadón-, si este pobre tonto se alaba? Aunque corras y trabajes toda la vida, nunca pasarás de lo que sois, encerrado entre tus barrancas. Enriquecido yo, de todas las aguas que de ti y de tus semejantes puedo detener, no necesito moverme para vivir. ¿Ves estas nubes negras? algo destruirán, pero aumentarán mi caudal. También sé ser generoso a mis horas y no impido que las haciendas prueben mis aguas.

-Rico sois, es cierto, cañadón mío -le contestó el arroyo-, rico de lo que nos quitas, y tienes agua más bien por demás. También les das a los animales sedientos; pero les tapas el pasto bueno. Tus aguas barrosas, sucias y cálidas, no fecundan la tierra y sólo producen gérmenes de muerte para los que, apremiados por urgente necesidad, se atreven a probarlas.

No seas orgulloso por tu extensión; los sapos, los escuezos y los mosquitos, son los únicos que cantan tu gloria; y si, cansado de tu insolencia, te llega a secar el sol, ¡qué olor, señor!

Mal puede alabar su generosidad el usurero.

La hormiga y la cucaracha

Al pie de una bolsa de arroz se encontraron un día la hormiga y la cucaracha.

La primera, con cuidado, agarró un grano de los que salían por la costura de la bolsa y con gran trabajo lo llevó hasta su cueva. Volvió, tomó otro, y se lo llevó también; y así siguió sin descanso.

La cucaracha subió hasta la misma boca de la bolsa, probó un grano, lo tiró, probó varios, probó muchos, mordiéndolos apenas y tirándolos en seguida. Una vez llena, se durmió entre el mismo arroz y lo ensució todo.

Al bajar, horas después, volvió a ver a la hormiga que seguía trabajando, llevando sin descanso los granitos a la cueva.

Se burló de ella, la trató de avarienta y se fue a pasear sin rumbo por los techos del granero. La hormiga se fue para su casa, a comer y dormir.

Días después, la cucaracha, en una hora de hambre, se acordó de la bendita bolsa de arroz y corrió a donde había estado parada, pero la habían quitado de aquel sitio, justamente por haberla ella ensuciado tanto.

-No importa -dijo-, la hormiga tiene.

Y fue en su busca.

La hormiga la recibió muy bien, y consintió, sin mayor dificultad, en prestarle cien granos de arroz, pero con la condición que le devolviese ciento diez al mes.

Agradecida, la cucaracha se comió los granos sin contar, y cuando no tuvo más, fue a visitar otra vez a la hormiga.

Pero no consiguió nada hasta no haber cumplido con su anterior compromiso. ¡Y qué trabajo le costó! Habían escondido la bolsa de arroz en un rincón oscuro, lejos de la cueva de la hormiga, y tuvo que hacer viajes y viajes.

La hormiga almacenaba los granos a medida que venían llegando. Puso aparte ocho de los diez que le correspondían por rédito, y como la cucaracha le preguntase por qué hacía así, le contestó:

-Estos ocho los comeré yo; los otros dos quedan de reserva; y son ellos los que me permiten trabajar para mí sola, y también hacer trabajar a los demás para mí.

Con la economía se conserva la independencia propia y hasta se compra la ajena.

El perro fiel

Un perro llevaba en una canasta, para la casa de su amo, un buen pedazo de carne.

Por el camino encontró a su pariente el cimarrón, quien entabló con él conversación amistosa. No comía todos los días el pobre, y de buena gana hubiera mascado un poco de lo que llevaba el perro. Hacía mil indirectas; ofrecía sus servicios para cualquiera oportunidad; proponía ciertos *cambiazos* muy ventajosos, según él, enumerando con énfasis las varias reses que decía tener guardadas.

-Dame la canasta -decía al perro-; te la voy a llevar hasta casa, y allí verás cosa buena. Podrás elegir a tu gusto la presa que más te parezca debe ser del agrado de tu amo, a quien tanto deseo conocer, y así se la ofrezco de mi parte.

El perro, sin desprender los dientes, medio le contestó que no tenía tiempo, que dispensara, y para evitar compromisos, se apretó el gorro.

Algo más lejos, dio con un puma flaco, hecho feroz por el hambre.

El perro, en otra ocasión hubiera disparado; pero el deber lo hizo valiente. Puso en el suelo la canasta, enseñó los colmillos y esperó el ataque. El puma se abalanzó más a la canasta que al enemigo, pero antes que la pudiera agarrar, el perro lo cazó de la garganta y lo sacudió de tal modo que se volvió el otro para los montes, sin pedir el vuelto.

Trotando, seguía el perro con la canasta, cuando se vio rodeado, sin saber cómo, por cuatro zorros. Se paró; se pararon ellos. Volvió a caminar; se volvieron a mover: pero como se le venían acercando mucho, y que si soltaba la canasta un solo rato, para castigar a alguno de ellos, los otros aprovecharían la bolada, optó por quedarse al pie de un árbol, y esperar con paciencia que le vinieran a ayudar. Pasaban las horas; los zorros no se atrevían a atacarlo, pero, pacientes, espiaban un descuido del fiel guardián. Ni pestañeó siquiera, y cuando lo atormentó el hambre, no se quiso acordar de lo que llevaba, pues era ajeno.

Al fin, vino el amo, inquieto, buscándolo. Dispararon los zorros; el perro fue acariciado como bueno.

Pues había sabido tener, para conservar, más astucia que el astuto para adquirir, más fuerza que el fuerte, más paciencia que el paciente.

De otro perro cuentan que, también llevando carne, se vio de repente atacado por uno mayor que él y más fuerte. Puso en el suelo la carne, y sin vacilar, peleó, como guapo y fiel que era; pero se juntaron otros perros y entre todos, ya lo iban a obligar a ceder y a robarle lo que llevaba.

Se le ocurrió entonces que, ya que no podía salvar la carne, siquiera él también debía tomar su parte de ella: arrancó un pedazo y con él se mandó mudar, dejando que los demás siguiesen disputándose el resto.

Hay héroes que sólo son héroes, y hasta el fin; pero son pocos.

El terú-terú

El terú-terú, alegre, dispuesto, conversador, entrometido, burlón, lo mismo le hace los cuernos al gavilán que al buey, pero es amigo de todos, en la Pampa, y su principal oficio es avisar a cualquier bicho, de sus compañeros, de los peligros que corre o podría correr.

Si cruza un perro, solo, por el campo ¡pobre de él!

¡Lo que le dirán de cosas los terús, a la pasada!, ni las ganas le dejarán de volver a pasar por allí.

Un día, a la madrugada, entre la neblina liviana que todavía flotaba encima del suelo húmedo de los bajos, se iba aproximando despacio a una laguna, un mancarrón bichoco despuntando con los dientes las matitas de pasto salado, dando algunos pasos, parándose, volviendo a caminar, hasta que se paró muy cerca de una bandada inmensa de patos dormidos en la orilla.

En aquel momento, el primer rayo de sol hizo brillar detrás del mancarrón una escopeta larga, larguísima, un fusil, un cañón, capaz de no dejar vivo un solo pato de todos los de la bandada.

Pero sonó también entonces el grito de alarma del terú-terú, y ya que el mancarrón disimulaba a un cazador, peligro había para los patos amigos. «¡Terú-terú!» y éstos empezaron a levantar la cabeza; se agitaron, escucharon, miraron; «terú-terú»; gritaba el guardián honorario de los campos, hasta que se voló la bandada toda, dejando al cazador renegar contra «ese maldito *pácaro de miseria...* hico de alguna madre desgraziata»...

El terú-terú se reía ahora, y se burlaba del hombre «¡terú-terú!» celebrando, aunque fuera gratuito, el servicio prestado por él a los patos; tanto que le dio rabia al cazador, y que, a pesar de lo que cuesta un tiro destinado a matar cincuenta patos (lo menos cuatro centavos y medio); «¡Santa Madonna!» clamó éste, e hizo volar por las nubes al pobre terú descuartizado.

El comedido siempre sale malparado.

El hurón y la gata

Hicieron, un día, sociedad el hurón y la gata, para beneficiar una cantidad de ratas que se habían apoderado de una casa.

Durante muchos días, vivieron como reyes y en la mayor amistad.

La gata cazaba poco, porque las ratas eran grandes y no las podía agarrar sola; pero ayudaba al hurón; y éste mataba muchas, haciéndole su parte a la compañera, quien, por su lado, y para variarle la comida, le dejaba algo de lo que le daban los amos de la casa.

Pero, poco a poco, fueron escaseando las ratas; el hurón se comía las pocas que podía cazar, y la gata, que había tenido familia, ya no le daba nada al hurón, pues apenas le alcanzaba para sí la ración.

Vino la penuria; hubo reyertas.

Así sucede a menudo, entre los mismos hombres, que en vez de comer los últimos pedazos de pan, se los tiran a la cabeza.

Medio muerto de hambre, el hurón, un día, vio pasar cerca de él uno de los cachorritos de la gata, y se lo comió. La gata cuando volvió, buscó al hijo; pero ni rastro encontró.

Al día siguiente, el hurón, cebado, se cazó otro. La gata, esta vez, lo vio y corrió sobre él; en vano, ya se lo había comido.

Echó la gata los gritos al cielo, y se deshizo la sociedad.

Más bien sola, pensó tarde la pobre, y no tan mal acompañada.

La cigüeña

De paso acompasado, con los anteojos puestos, alzando los pies con majestuosa precaución, iba la cigüeña, clavando a cada rato su largo pico en el suelo húmedo, matando y tragando por familias enteras los sapos, las ranas, las lagartijas y demás inocentes bichos.

Sin más defensa que sus quejas, los pobres en vano le pedían piedad, y la llanura resonaba del triste coro de sus ayes y de sus maldiciones al terrible tirano.

Impasible, seguía su obra la cigüeña, indiferente a quejas que no entendía; encontrando, sí -aunque llena de tierna indulgencia-, que todos esos infelices, realmente, metían demasiada bulla con sus gritos y que harían mejor en callarse...

En la falda del bañado, conversaban en aquel momento la mulita, la vizcacha y el zorrino.

-¡Mira! -dijo la mulita-. Ahí está la cigüeña. Habrá venido a pasar su habitual temporada. ¡Cuánto me alegro! Pues, es un gusto pasar un rato con tan buena persona.

-Cierto que es muy buena persona, y tan reservada- afirmó el zorrino.

-¡Excelente persona! -dijo la vizcacha. Y los tres formando coro: -¡Excelente persona!- repitieron con convicción.

Según el juez, es el juicio.

El mono y la naranja

Un mono, sin dejar de rascarse, alzó una naranja y la quiso comer. Pero, primero la tenía que pelar.

No queriendo dejar su ocupación, tiró de la cáscara con los dientes, pero poco le gustó la amargura de la cáscara y buscó otro medio.

Siempre rascándose con una mano, puso un pie sobre la naranja, y con la otra mano la empezó a pelar. Posición cansadora.

Se sentó entonces y apretó la naranja entre las rodillas, sacando con la mano libre algo de la cáscara; pero la fruta se le resbaló y rodó por el suelo, donde se ensució toda. Enojado, pero siempre rascándose, la limpió como pudo y la empezó a chupar. Con una sola mano poco jugo podía exprimir y sus esfuerzos no le daban resultado.

Algo desconsolado, pestañeaba, mirando con sus ojitos la naranja sucia y deshecha, buscando la solución del problema, cuando de repente se le alegró la cara.

Había por fin encontrado el medio sencillo y seguro de poder pelar ligero y bien una naranja.

Dejó de rascarse por un rato, agarró fuerte la fruta con una mano, la peló con la otra en un minuto, la partió, la comió, la hizo desaparecer, y dando dos piruetas, se empezó a rascar otra vez, pero ya con las dos manos.

Hacer dos cosas a la vez, no sirve, y siempre trabaja mal una mano sin la ayuda de la otra.

El ombú

Erguido en la planicie, orgullosamente asentado en sus enormes raíces, el ombú extendía en la soledad sus opulentas ramas.

En busca de un paraje en donde edificar su choza, llegó allí un colono con su familia.

¡Qué árbol hermoso! -exclamó uno de los hijos-; quedémonos aquí, padre mío.

Seducido por el aspecto del árbol gigante, consintió el padre. De una raíz iba a atar con soga larga, para que comiera, el caballo del carrito en el cual venía la familia, cuando vio que allí no crecía el pasto y tuvo que retirar el animal algo lejos del árbol.

Mientras tanto, el hijo mayor, a pedido de la madre, cortaba unas ramas para prender el fuego y preparar el almuerzo. Pero pronto vieron que con esa leña, sólo se podía hacer humo.

Uno de los muchachos, entonces, para calmar el hambre, se trepó en las ramas altas y quiso comer la fruta del árbol. Se dio cuenta de que aquello no era fruta, ni cosa parecida.

-¡Hermoso árbol! -dijo entonces el padre- para los pintores y poetas. Pero no produce fruta, su leña no sirve, y su sombra no dejaría florecer nuestro humilde jardín.

Orgullosa, inútil y egoísta; más bien dejarlo solo. Vámonos a otra parte.

La vizcacha y el pejerrey

Una vizcacha, buena persona sin duda, pero algo corta de vista y de ingenio, andaba un día, a la oración, buscándose la vida en las riberas de un arroyo.

Al mirar las aguas, quedó de repente asombrada; le había parecido ver moviéndose en ellas, un ser vivo, lindo, al parecer ágil, plateado. Pronto se convenció de que efectivamente así era, y que un animal vivía de veras en el elemento líquido.

Si su primer movimiento había sido de asombro, el segundo fue de compasión. Llamó al animalito que había visto en el agua, y éste, un lindo pejerrey, no se hizo rogar para venir a conversar un rato (todos saben cuánto les gusta conversar a los pescados) y sacó afuera del agua su cabecita brillante.

Después de los saludos acostumbrados entre gente decente, doña vizcacha le manifestó al pejerrey cuánto sentía ver a tan gentil caballero, condenado a vivir de modo tan cruel.

-Vivir en el agua -decía-, ¡qué barbaridad!, en esa cosa tan fría. ¿Y cómo es que no se ahoga usted? ¿y, qué es lo que come? ¿y dónde aloja a la familia? ¿Dónde está su cueva? Debe de ser una vida de grandes sufrimientos y de grandes penurias ¿no es cierto? -le decía.

-Señora -le contestó el pejerrey-, agradezco el interés que usted me demuestra; pero no crea usted que lo pasemos tan mal en el agua. No somos de los peor servidos. El agua le parece fría; para nosotros es apenas fresca. Tenemos en ella abundante mantención. Pocos enemigos nos persiguen, y vivimos aquí muy bien, señora. Y dígame usted, ¿es cierto que vive en una cueva? -¡Cómo no! -dijo la vizcacha-. Esto, sí, debe ser penoso -interrumpió el pejerrey-. ¡Qué triste vida debe de ser la de ustedes, vivir en obscuridad tan profunda! ¡No cambiaría con usted, señora!

Y zambulléndose, dejó a la vizcacha convencida de que, para ser feliz, cada cual tiene que vivir en su elemento.

El mosquito

Zumbando a los oídos del pastor, asentándose acá y acullá, picando al caballo en el hocico y a la oveja en el ojo; juntándose en el campo con bandadas de sus compañeros para divertirse en arrear los animales a gran distancia, se iba haciendo el mosquito insoportable a todos.

Él se reía, incansable, liviano, alegre, poco ambicioso, encontrando fácilmente cómo mantener su pequeña persona con la ínfima cantidad de sangre que de vez en cuando conseguía sacar a algún animal grande. Cuando su víctima recién lo sentía, su hambre estaba satisfecha, y, al encabritarse o corcovear el caballo, al sacudirse la oreja, o al colear fuerte la vaca, disparaba ligero, haciéndoles morisquetas y golpeándose la boca.

Más que todo, le gustaba chupar la sangre humana, y el hombre era de veras, con permiso de la gente, un animal superior para él. Ya que lo veía llegar cerca del rebaño, se asentaba en él, en acecho; elegía en la cara o en la mano el sitio favorable, y despacio metía la trompa en el cutis y empezaba a chupar.

Al sentirlo, el hombre le pegaba un manotón; pero el mosquito, ligero, volaba contento con lo que había podido conseguir, y se mandaba mudar a otra parte, zumbando.

Desgraciadamente para él, acostumbrado a evitar fácilmente los manotones y a salir ileso de sus atrevidas campañas, cobró mayor y mayor afición a la sangre del rey de la creación, al mismo tiempo que una confianza llena de peligros.

Un día, se colocó sobre la mano del hombre, tan despacio que éste, absorbido en la contemplación de sus ovejas, no lo sintió. Empezó a chupar; al rato, satisfecho ya el apetito, pensó retirarse ligero como de costumbre; pero viendo que nada se movía, siguió chupando, y chupó más y más, ya de puro regalón vicioso y avariento, pensando en hacer provisión para varios días. Se iba llenando como para reventar, cuando despertó el hombre de su medio sueño. Al movimiento que hizo, quiso huir el mosquito. Pero ¿cuándo? señor, si no podía ni moverse. Todo lo que pudo hacer fue desprender la trompita. El hombre lo sintió, lo vio (¿quién no lo iba a ver con semejante panza toda colorada?) y ¡zas! le pegó una que lo dejó tortilla.

La codicia, dicen, rompe el saco.

Los pavos y el pavo real

En un corral vivían unos cuantos pavos. Gente de poca idea, muy vanidosos, haciéndose los importantes y creyendo serles merecido todo, se admiraban entre sí, aprobando siempre todos, con cloqueos entusiastas, cualquier pavada que dijese cualquiera de ellos, y bastaba que uno, hinchándose majestuosamente, dejase escapar un estornudo solemne, para que todos hicieran en coro: ¡glu, glu, glu, glu!

Con esto, mal vestidos y presumidos, insaciables y de mal genio, buscaban camorra a quien no tuviera para ellos una admiración incondicional.

Les llegó un día de visita un pájaro, al parecer su pariente, pero mucho más elegante en sus modales, bien vestido, aunque con cierta sencillez con una cola mucho más larga que la de ellos, y un copetito brillante mucho más bonito que el horrible bonete violáceo que tenían en la cabeza.

Lo empezaron, por supuesto, a mirar de reojo.

Saludó él con gracia: contestaron ellos con solemnidad y se entabló la conversación.

En lo mejor, el orador de los pavos, viendo que sus palabras poco efecto producían en el huésped, quiso hacerle una impresión irresistible y enseñarle que también ellos sabían ser bonitos; se puso tieso en las patas, estornudó fuerte y abrió la cola poniéndose la cara toda azul y colorada.

Todos sus compañeros lo imitaron, y quedó efectivamente estupefacto el pavo real, al ver tanta vanidad junta con tanta ignorancia. Quiso entonces enseñarles lo que realmente era digno de admiración, y ostentó, a su vez, el magnífico abanico de su cola.

Al ver, al comprender su inimitable superioridad, los pavos se juntaron, y en son de guerra, se abalanzaron para destrozarse lo que no podían igualar.

El pavo real, alzando el vuelo, se asentó en lo alto del murallón y soltó la carcajada.

Flor de cardo

El rayo del sol rajaba la tierra.

Una planta de cardo, ya casi seca, luchaba para conservar, un rato más, en su seno, a sus hijitos alados, prontos en su inexperiencia juvenil, a dejarse llevar hacia lo desconocido, por el primer soplo que pasara, que fuera céfiro o fuera ráfaga.

-¡Hijos, hijos míos! -decía la planta; escuchen a su madre querida. No se alejen del hogar paterno. Las alitas que tienen ustedes pueden, cuanto más, impedir que se golpeen al caer; pero no son las alas del águila para afrontar las tempestades, ni las de la paloma incansable viajera.

Escuchaban, y con todo, se iban hinchando las alitas; asomaban por las rendijas de la corola, abriéndolas más y más, y la pobre madre, sin fuerzas ya, inclinaba poco a poco la cabeza, resignada.

Una de las impacientes semillitas cayó. Antes de tocar el suelo, un airecito embalsamado se la llevó, amoroso, empujándola despacio hacia el cielo azul, y cuando dejó de soplar, lo que fue muy pronto, cayó la semillita alada en un charco fangoso, donde desapareció.

Otras se las llevó un viento más fuerte, prometiéndoles la fortuna, campos hermosos y ricos, donde prosperarían, y de los cuales su numerosa prole, sin duda, podría gozar.

Y las echó por delante, en vertiginosa carrera, arreándolas hacia tierras destinadas al arado, donde no pudieron arraigar, siempre perseguidas, removidas y destruidas.

Quedaban algunas semillas aladas, listas para tomar vuelo, cuando sopló, en medio de relámpagos y truenos, un terrible ventarrón, llamándolas a la Gloria, a conquistar tierras lejanas, gritaba; y las arrebató, entusiasmadas.

Pronto, despavoridas por el trueno, empapadas por la lluvia, atropelladas por la piedra, golpeadas, cayendo y levantándose, llegaron a campos desiertos y pobres, donde fueron presa de los pájaros hambrientos y del fuego destructor...

Una sola semillita quedaba con la madre moribunda, y cuando ésta cayó al suelo, quebrada por la tempestad, allí mismo quedó ella: allí brotó, prosperó y se multiplicó.

En el rinconcito familiar había encontrado, sin abrir sus alas, la felicidad.

El gato montés

En las islas del Paraná, acurrucado en una rama de sauce que formaba puente encima del agua, un gato montés, en acecho, espiaba las idas y venidas de los pescados del arroyo. Se venían, jugueteando, a poner al alcance de sus uñas muchos pescaditos, entre chicos y medianos; pero hacía frío, y el gato, a pesar de las ganas que les tenía, vacilaba en mojarse.

La excusa que a sí mismo se daba de su indecisión, era de esperar que se pusiese a tiro algún pescado grande que valiera la pena, y mientras quedaba perplejo, pasaban.

Aparecieron varios de muy buen tamaño, pero el gato no los cazó, porque sólo estiró las uñas hasta rozar el agua, y las retiró en seguida, friolento.

De repente, salta a veinte metros de allí un magnífico dorado, y ve el gato que se dirige hacia él, nadando ligero. Esta vez, alarga las uñas y se prepara.

Y viene deslizándose suavemente el pescado; ya está a tiro. El gato todavía titubea, detiene la manotada; y mientras tanto, pasa el dorado abajo del puentecillo; se da vuelta el gato para cazarlo por detrás, el pescado se aleja. «¡Ya! ¡ya!» piensa el gato; y estira las uñas, abre la mano, extiende la pata, se abalanza todo, pierde el equilibrio y se toma un soberbio baño de cuerpo entero, sin poder, por supuesto, ni tocar al dorado.

Al irresoluto, todo le sale porrazo.

El trigo

Asomaba el sol primaveral, y bajo sus caricias iba madurando el triguil inmenso. Los granos hinchados, gruesos, pesados, apretados en la espiga rellena, hacían inclinar los tallos, débiles para tanta riqueza, y el triguil celebraba en un murmullo suave su naciente prosperidad.

A sus pies, le contestó una vocecita llena de admiración para sus méritos, alabándolos con entusiasmo. Era la oruga que, para probarle su sinceridad, atacaba con buen apetito sus tallos.

Llegó una bandada de palomas, y exclamaron todas: «¡Qué lindo está ese trigo!» y el triguil no podía menos que brindarles un opíparo festín, en pago de su excelente opinión.

Y vinieron también numerosos ratones, mal educados y brutales, pero bastante zalameros para que el triguil no pudiera evitar proporcionarles su parte.

Después vinieron a millares, mixtos graciosos, pero chillones y cargosos, que iban de un lado para otro, probando el grano y dando su apreciación encomiástica.

Y no faltaron gorriones y chingolos que con el pretexto de librar al triguil de sus parásitos, lo iban saqueando.

Y cuando el trigo vio a lo lejos la espesa nube de langosta que lo venía también a felicitar, se apresuró en madurar y en esconder el grano.

La prosperidad, a veces, trae consigo tantas amistades que se vuelven plaga.

Las palomas

A las palomas, que son, como lo sabe cualquiera, de genio humilde y de pelaje gris y poco vistoso, se les ocurrió un día permitir a algunas de ellas (en recompensa no se sabe de qué servicios) vestir un traje brillante y adornar su cabeza con plumas relucientes.

El efecto fue fatal: estas palomas, admiradas por la muchedumbre, se volvieron orgullosas, batalladoras, imperiosas, y pronto formaron un bando que se atribuyó, entre otros, el privilegio de defender el palomar, si fuera atacado.

Y las palomas comunes ya las empezaron a mirar con más recelo que admiración.

Otras consiguieron entonces, con el pretexto de contrarrestar los avances de estas guerreras, y de diferenciarse más de ellas, vestir un traje oscuro.

Y empezaron a exagerar la humildad de sus modales, la suavidad de sus conversaciones, y su devoción a la Divinidad, llegando a asegurar que por ellas solas se podía comunicar con ella.

Muchas palomas comunes, las más ignorantes, se les juntaron, y lo mismo que las guerreras, aunque por otros medios, las palomas negras empezaron a querer dominar.

Hubo luchas, y sangre derramada; y lloraron los amores abandonados.

Pero lo peor de todo fue cuando se juntaron las dos castas, de traje oscuro y de traje brillante; y las palomas comunes no tuvieron entonces más remedio que de hacer toda una revolución para llegar a prohibir el uso de cualquier otro traje que el traje gris.

El caballo asustadizo

Un caballo quería mucho a su amo; también lo quería mucho éste a él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chiflido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se renuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de repente toparon con una osamenta colocada en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fue cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja, y emprendió la carrera como perseguido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa, dio vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y los perros lo siguieron hasta morderle las patas; al querer escapar de ellos, atravesó a toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, a las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio descogotado, y sin el recado, sembrado por todas partes, el amo, furioso, le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y a cualquier peligro, aunque no sea más que con bufidos, siempre hay que hacerle frente.

Cambio de política

Durante un tiempo, tanto los herbívoros como los carnívoros habían tomado parte en el gobierno. Y no por esto andaban peor las cosas: al contrario, pues cada cual traía el tributo de sus cualidades peculiares, y mientras reinó la concordia, todo anduvo perfectamente.

Pero los que comen pasto, creyéndose, quizá con razón, más útiles que los carnívoros, quisieron echar a éstos del gobierno. Los carnívoros que eran los menos pero que tenían para sí la fuerza bruta, se resistieron y fueron, al fin y al cabo, los herbívoros los que tuvieron que ceder y salir.

Por supuesto que los otros no dejaron en el gobierno ni a uno solo de sus contrarios, y tuvieron que sufrir la dura ley del vencido, los vacunos y los yeguarizos, la oveja y la cabra, el huanaco y la gama, y hasta las palomas.

Y los carnívoros colocaron en todos los puestos del gobierno a sus solos partidarios, desde el tigre, que fue presidente, hasta la gaviota que entró de portera. El puma, el cimarrón; el zorro, el gavilán, y el mismo tábano, todos tuvieron colocación, y los herbívoros se tuvieron que conformar con pasárselo lamentando que sus méritos quedaran inútiles.

¿Quién tenía la culpa?

Cuentan que fue entonces cuando el cerdo (siempre ha sido vividor) se acostumbró a comer carne con unos y vegetales con otros, «por si sobreviniera -dijo- algún acuerdo».

Concurso de belleza

Decidieron los animales abrir un concurso de belleza: se fijaron día y condiciones, y se publicó la lista de los premios ofrecidos.

El día señalado acudieron a la cita los candidatos; y los miembros del jurado comprobaron con sorpresa que todos los animales, sin excepción, se habían presentado para disputar el premio.

Empezaron a indagar los motivos de semejante unanimidad, pues les parecía que entre los competidores, algunos había que no podían ni remotamente contar con los sufragios de los jueces y que el jurado iba a tener un trabajo por demás ingrato.

Preguntaron, por ejemplo, al elefante, qué era lo que lo impulsaba a concurrir: «Pero toda mi persona, contestó él; el conjunto y los detalles: mi masa imponente; mi trompa tan larga y tan elegante; mi cuero tan rugoso que no hay otro igual; y mi colita tan bonita, y mis ojos tan pequeños, y mis orejas tan anchas».

Todo lo que era de él le parecía bonito. Y lo mismo pasó con los demás, sin contar que nunca era lo que a los jurados parecía digno de mayor aprecio lo que a cada cual de los competidores más le agradase. El pavo real, por cierto, era orgulloso del esplendor de su cola, pero, más que todo, recomendó a los jueces la suavidad de su canto; el perro ñato

ponderó lo chato de su hocico, lo mismo que el elefante había ponderado lo largo de su trompa, y el zorro no dejó de llamar la atención sobre lo puntiaguda que era su nariz, asegurando que esto era el verdadero colmo de la belleza.

El avestruz quería que todos admirasen lo corto de sus orejas, y el burro sacudía las suyas para hacer valer su tamaño. Tanto que el jurado tuvo que aplazar el concurso hasta que entrase -dijo- un poco de juicio en las cabezas; como quien dice: por tiempo indeterminado.

Los carneros y el capón

Dos carneros topaban con furor. Grandes y fuertes ambos, no mezquinaban la frente, y los cráneos sonaban como si hubieran estado por quebrarse en mil pedazos. Parecían insensibles al dolor, y, a pesar de estar asomando ya la sangre, seguían topando sin perdón.

Es que se trataba de conquistar el corazón de una borrega coqueta que los tenía locos, y que bien sabían los combatientes que sólo al más valiente, o por lo menos al más fuerte, rendiría ella las armas. Todos los carneros de la majada se habían juntado y formaban rueda, cambiando opiniones sobre las topadas, como gente que entiende y que prácticamente sabe lo que es pelear. A ellos les constaba: la misma naturaleza es la que manda que así luchen los machos guapos para que de esta lucha salgan los hijos fuertes y lucidos, y cada cual hacía votos para que éste o aquél saliera vencedor, según más apreciaban tal o cual dote de éste o de aquél de los contendientes.

Un capón entonces también quiso meter la cuchara y dar su opinión; y empezó a criticar el modo de dar las topadas de uno de los carneros y el modo de recibirlas del otro. Encontraba las astas de uno demasiado abiertas y las del otro muy cerradas; afirmaba que los hijos del primero saldrían muy bajos, y los del segundo muy cortos de cuerpo, y más que todo, le parecía que la hembra, por la cual peleaban, no valía tanto furor. No hubiera dejado muy pronto de fastidiar a la gente con sus habladurías de pedante, si uno de los carneros espectadores no le hubiera cerrado el pico, diciéndole: «Mirá, capón amigo; cuando te hayan salido astas y seas capaz de dar topadas y cuando, sobre todo, puedas enseñarnos tus hijos, te pediremos opinión; pero, hasta entonces cállate, para que no se ría de ti la gente».

¡Ah, crítica! consuelo y desquite de los impotentes.

Patrón rico

Un caballo tenía para sí solo todo un potrero bien cercado, de riquísimos pastos, con un buen retazo de alfalfa siempre verde, y en un rincón varias parvas de pasto. En el galpón donde dormía, tenía además, a su disposición y para su consumo una pila de bolsas de maíz.

Era soltero, y por supuesto vivía en medio de extrema abundancia, no por codicia, sino porque así era, no más, por un favor de la Fortuna. Era bueno y servicial por lo demás, este señor caballo, y un día que un ratón le vino a pedir un poco de maíz para su señora que estaba enferma, le dio permiso para tomar lo que necesitase, pensando que un animal tan pequeño no podía comer mucho; y no quiso siquiera aceptar la promesa de pago que le quería firmar el ratón.

Este, al volver a su casa, encontró al cuis, su amigo íntimo, y entre agradecido e irónico le contó la cosa, diciéndole: «Y tú, ¿por qué no vas? Pedile licencia para estar en el campo y te la va a dar. Poco le cuesta: ¡es tan rico!»

Fue el cuis; ofreció pagar arrendamiento; pero el caballo no aceptó y le dio licencia, no más.

Y el cuis aconsejó a la vizcacha que fuera también, pues era tan rico el patrón que seguramente no le negaría campo. La vizcacha pensó que sin pedir nada, bien se podía establecer allí, y así lo hizo, sin que el caballo, bonachón y rico, le pusiera obstáculo.

La cabra se coló un día entre los alambres y fue a visitar al caballo, queriendo comprarle un poco de pasto verde; el caballo la convidó a comer y puso a su disposición su retazo de alfalfa.

Pronto la cabra llamó a las ovejas, sus compañeras, y a fuerza de pasar por el alambrado, le abrieron un portillo por el cual pudo entrar la vaca; su ternero no podía quedar afuera, y también se hizo baqueano para entrar y salir.

Y toda esta gente comía, destrozaba, voraceaba, ensuciaba, pelaba el campo, volcaba el maíz, deshacía las parvas, siempre muy zalameros todos con el caballo, a quien llamaban patrón, ponderando su riqueza. «¡Es muy rico el patrón!»

Pero cuando llegó el invierno, se encontró el caballo con que le habían acabado el maíz, que casi no le quedaba pasto seco, que la alfalfa estaba pelada y todo el campo talado, y cuando uno de los intrusos se le vino con la santa palabra: «¡Bah, es usted tan rico, patrón!» él, que ya se veía pobre, se enojó de veras, y lo puso de patitas del otro lado del alambrado; y con todos se apuró a hacer lo mismo, no sin bastante trabajo, y a cerrar los portillos, sintiendo haberlos dejado abrir.

No hay riqueza que valga, donde hay derroche.

El guacho

Un cordero guacho, criado con toda clase de atenciones por las hijitas del pastor, vivía como un príncipe. Mantenido con leche a discreción, tampoco le faltaban golosinas, y con sólo venir balando, al momento conseguía que se ocupasen de él y le diesen mil cosas buenas: un terrón de azúcar, un pedazo de pan, granos de maíz, una zanahoria o cualquier otra cosa de su agrado. Y aunque gordo a más no poder, siempre pedía y siempre le daban de todo a pedir de boca.

Asimismo, no podía ver pasar la majada, sin dejar todo tirado, para correr a mezclarse con ella y atropellar brutalmente a los corderos recién nacidos, quitándoles la teta materna y tratando de chuparse él solo toda la leche, con balidos tan quejumbrosos como si estuviera muerto de hambre.

Hasta que un día, una oveja le preguntó si no tenía vergüenza, gordo como estaba y en estado de tan manifiesta prosperidad, de llorar así por leche; y el guacho le confesó ingenuamente lo que muchos, sin confesarlo, sienten, que nada valía para él lo que tenía, mientras veía que tuvieran algo también los demás.

El hombre sin envidia nunca es pobre de veras; ni rico de veras el envidioso.

El caballo y el buey

Un buey y un caballo comían en el mismo potrero a su respectiva discreción. El buey comía ligero, buscando los sitios donde el pasto más alto le permitía alzar, en cada bocado, media carretillada; tragaba casi sin mascar y echaba cada panzada que daba miedo.

Después se dejaba caer pesadamente en el suelo, y durante las horas rumiaba tranquilo.

El caballo también comía a su gusto, pero sólo cuando no lo tenían ensillado; y aunque se hubiese apurado entonces, de día y de noche, no hubiera alcanzado a comer ni la mitad de lo que el buey en unas pocas horas alzaba; y comparando los servicios prestados por ambos, no podía menos de pensar que poca cuenta tenía que hacer al amo el mantener a aquel haragán comilón.

Pero el amo un día se llevó el buey, que, de gordo, apenas podía caminar; y preguntó el caballo a un chimango que desde un poste del alambrado seguía con interés la operación, a dónde llevaban a su compañero.

-Al matadero, pues -chilló alegremente el chimango-; ¿no ve que está de grasa? ¡qué almuerzo voy a hacer!

Y el caballo comprendió que hay en esta vida varios modos de pagar el gasto.

El zorro y el avestruz

Don Juan había pasado la noche, de agregado, en una vizcachera. Las huéspedas que lo habían alojado poco suelen carnear, y, como a este caballero la verdura no le gusta, estaba en ayunas y se disponía a dar una vuelta, a ver si cazaba alguna perdiz o cualquier otra cosa.

Al asomar el hocico divisó entre las pajas, brillantes aún de rocío, una bandada de charitas que jugueteaban. Sus ojos echaron chispas y se relamió el hocico; pero viendo que también estaban los padres, volvió a esconder la lengua.

Es que el avestruz es terrible cuando tiene pichones y que bien sabe don Juan que no es tarea fácil el cazarlos.

Con todo, se fue avanzando despacio, estirando entre las matas de paja la panza hueca, hasta muy cerca de las charas, y ya calculaba el brinco que iba a pegar, cuando el macho, viéndolo, se abalanzó sobre él, mientras la madre arreaba a su prole, aleteando y silbando.

Huir le hubiera gustado al zorro, pero no tuvo tiempo; en cuatro trancos, el avestruz había estado encima de él, pegándole patadas. Lo mejor, en este trance, era hacerse el muerto, y recibir con toda filosofía las zancadas que no se podían evitar ni devolver, y reflexionando el zorro que, si se mueve, el otro lo mata de veras, quedó tan inmóvil que el avestruz lo creyó muerto y fue a juntarse con la familia. Medio abombado por los golpes, el zorro quedaba tendido, esperando un momento favorable para apretarse el gorro, cuando vio que poco a poco volvía a acercarse a él la bandada de charas. Cerró los ojos y quedó tieso. El sol empezaba a calentar y las moscas vinieron a cerciorarse de si era cadáver o no. Los charas al ver las moscas, corrieron ávidos hacia él, y el padre les dejó ir; impidiendo que la madre, todavía inquieta, los detuviera, pues experimentaba cierta satisfacción de que vieran de cerca sus hijos al muerto que él había hecho en defensa de ellos.

De repente saltó el finado, agarró un chara y se lo llevó disparando hasta la vizcachera, alcanzando sólo el avestruz a darse cuenta de la catástrofe cuando no podía más que patalear de rabia en la boca de la cueva.

Hay pillos capaces, si se descuidan con ellos un rato, de llevarse robado, después de muertos, hasta el cajón fúnebre.

El caracol

Un caracol viejo arrastrábase penosamente.

Siempre trae consigo la vejez muchos desperfectos en los seres, y los mismos caracoles no pueden escapar a esa ley de la naturaleza. Estirando los cuernos para buscar su camino, hacía con el pescuezo esfuerzos inauditos para llegar, llevando encima su casa, hasta una hoja de parra donde pensaba almorzar.

Más que todo, parecía causarle gran dolencia una abolladura, cicatrizada pero ancha y profunda, que tenía en la cáscara, y que forzosamente le tenía que apretar en parte el cuerpo.

Unos caracolitos que lo estaban mirando, buenos muchachos, pero de poca reflexión, como casi todos los caracolitos, le dijeron al pasar:

-Pero, padre caracol, ¿por qué no cambia usted su cáscara por una nueva? Le debe hacer sufrir mucho esa abolladura que tiene.

-Hijitos -les contestó-, esta abolladura, es cierto afea mucho mi casa y me hace sufrir bastante; pero cambiar sería peor, y hasta creo que el desgarrar que me causaría la mudanza me sería fatal.

En casa vieja todas son goteras, pero en casa nueva los viejos poco duran.

El avestruz y la perdiz

Un avestruz, las alitas hinchadas y el pescuezo estirado, recorría la Pampa como despavorido, yendo y viniendo por todas partes.

Se acercaba la primavera, y por todas partes, se veían teros, patos y perdices, palomas y demás pájaros aprontando los nidos, afanados en preparar todo lo necesario para la próxima empolladura.

Todos miraban admirados al avestruz, y como no entendían el porqué de sus andanzas, pensaban lo que cuando no se entiende se piensa, que se había vuelto loco. Como don Churri es persona de mal genio, nadie se atrevía a preguntarle qué motivo tenía para correr así, en vez de acordarse como la demás gente, de la estación que empezaba y de la nueva familia que había que formar.

Sólo una martineta con quien estaba en muy buenas relaciones, un día, le dejó entender que su conducta daba mucho que hablar. El avestruz le contestó que más extraña era la conducta de todos los demás pájaros que, sin ton ni son, sin saber lo que hacían, iban edificando nidos en todas partes y poniendo huevos sin contar.

-Que así lo haga la gallina -dijo-, todavía se comprende, porque si algo le falta, el hombre se lo da... (y ya se sabe por qué); pero nosotros, los pájaros Silvestres, sin más recursos que los que nos proporciona la naturaleza, debemos ser previsores y pensar en el porvenir. Este año es de sequía; poco pasto va a haber, y antes de formar familia, me parece necesario ver primero a dónde podré llevar a mis esposas, para mantenerlas bien, y cuántas podré mantener, y cuántos pichones podrá criar cada una. Y por esto es que, antes de decidirme, estudio el asunto.

Sistema recomendable, este, de calcular los recursos antes de empezar a gastar.

El zorro y la vizcacha

El zorro solía pedir hospitalidad a la vizcacha; y ésta no se la negaba, sabiendo que ese atorrante, siempre distanciado por algún motivo con la policía, pronto tenía que mandarse mudar.

Un día, el zorro resolvió cambiar de estado, casándose. Fue a pedir a la vizcacha le prestase su casa para la noche de las bodas; y la otra, bonachona, consintió, pasándose a vivir en casa de una parienta, para no turbar la luna de miel de su huésped.

Después de algunos días, la vizcacha volvió a su hogar y se lo pidió al zorro; pero éste ya se había acostumbrado a tener casa y no quiso saber nada de devolverla a su dueña. La vizcacha no tuvo más remedio que ir al juzgado de paz, a entablar demanda, pidiendo el desalojo. Pero no se hacía ilusión sobre el éxito de la cuestión, sabiendo de antemano que cuando, a los años, y después de gastar plata, tiempo y saliva, conseguiría el desalojo, la casa estaría completamente destruida: y triste, andaba de noche, merodeando por las cercanías de lo que había sido su domicilio.

Una noche, oyó como lamentos apagados: parecían salir de la tierra. Se acercó más y más, hasta llegar a la entrada principal, y vio que durante el día, el colono que ocupaba el campo, había tapado con mucho cuidado todas las bocas. Del mismo fondo de la cueva salía efectivamente un vago rumor de gemidos, y la vizcacha conoció la voz del zorro; lloraba éste de rabia impotente; se estaba ahogando y llamaba a la vizcacha, pidiéndole perdón y suplicándole que le abriese la cueva, pues él no tenía para esto las manos como ella.

-Aquí estoy, don Juan -le gritó-, pero ya que me echaste de mi casa, quédate vos en ella, que es tuya.

El que me robe la presa, que con ella se ahogue.

El toro y el hornero

Un loro, de estos que con tal que hablen, les parece que dicen algo, y que más gritan, más piensan ser entendidos, iba por todas partes, diciendo que su nido estaba deshecho sin compostura, y tan sucio que ya no se podía vivir en él.

El hornero, que tanto trabajo se da para edificar su casa, que siempre la va componiendo, arreglando y limpiando, extrañaba que pudiera uno hablar tan mal de su propio nido; y un día, le preguntó al loro por qué más bien no trataba de componer el suyo.

-Si no tiene compostura, amigo -le contestó el loro-; si esto no tiene remedio; los loros somos así; ya que hemos hecho algo, lo destruimos; nuestra raza es una raza ruin -y mil cosas parecidas.

-Haces mal, loro, en hablar así de tu hogar y de los tuyos -le dijo el hornero-; sería mejor, por cierto, no ensuciar, ni destruir tu nido; pero todo mal tiene compostura, menos para el que se figura que no la tiene. Ya que no puedes corregir los defectos de tu nido, escóndelos siquiera y no metas tanta bulla para hacerlos conocer de todos.

Nunca debe pensar nadie, ni menos decirlo, que haya mejor casa, mejor familia, mejor patria que la propia.

La cotorra y la urraca

Estaba de visita la urraca en lo de la cotorra, y como, desde el día anterior, no se habían visto, fácil es suponer la cantidad de cosas que se tenían que contar. Ambas hablaban a la vez, para aprovechar mejor el tiempo, y se apuraban tanto en chacharear que casi no se entendían. Pero esto era lo de menos, siendo lo principal mover el pico sin descanso.

Y cuando en lo mejor estaban de una historia que contaba la urraca sobre la hija del vecino, llegó la sirvienta de la cotorra y le dijo, alarmada:

-Señora, ¡está llorando la chica!

-¡Oh! exclamó la cotorra-, ¡qué fastidio! Bueno, ya voy, ya voy.

Y quedose escuchando hasta el fin el interesante cuento de la urraca sobre la hija del vecino.

El tigre y sus proveedores

El tigre encontrándose indispuerto, tuvo que apelar, para poder comer carne de ave, como se lo había mandado el médico, a los buenos oficios de los pájaros cazadores. El cóndor pronto le trajo una pava gorda; el gavián le trajo después una martineta; el carancho se quiso lucir y también le trajo un pollo.

El chimango, que no quería ser menos, reclamó su turno y se aprontó también para salir a cazar. Cuando lo supo, el tigre frunció la ceja y dijo que era una barbaridad contar con semejante infeliz para tener carne fresca. No había duda, decía, de que ese día él no iba a comer, y se iba a enfermar más, y que era cosa de enojarse ver a semejante comedido meterse en lo que no sabía hacer.

-Si algo trae, seguro que va a ser carne podrida, pues es lo que más le gusta a él. Y si por casualidad es una presa viva, va a ser algún chingolo que ni alcanzará a llenar la muela que tengo picada. Pero, ni esto.

No va a traer nada, nada, seguramente; y no tendré más remedio que comérmelo a él.

El chimango no quiso desistir, a pesar de todo, ni ceder su turno; se fue no más.

-Nada, nada va a traer, verán -insistió su majestad.

Y efectivamente volvió el chimango sin nada en las garras y sin nada en el pico; todo avergonzado y temblando al pensar en la ira terrible del tirano.

-Pero ¿no les decía yo -exclamó éste-, que no traería nada? ¿No lo había previsto yo? ¿No lo había previsto? Digan.

Todos así lo reconocieron, alabando el acierto del monarca; y aunque el almuerzo le hubiera fallado, quedó el tigre quizá más satisfecho por no haber errado en sus previsiones que si el chimango le hubiera traído una perdiz. Hasta creen muchos que si éste hubiese traído una gallina, no hubiera evitado ser castigado con cualquier pretexto, por haber hecho salir desairado, al que al contrario perdonó generosamente una torpeza que tan bien ponía de relieve su triunfante perspicacia.

Para muchos casi es desgracia que no se produzca la que tienen anunciada.

El chancho gordo

Un cerdo a medio cebar no tenía más que gruñir un rato, al despertarse, para que al momento viniera un peón con dos baldes llenos de suero, una ración de afrecho y otra de maíz, sin contar algunos zapallos y restos de cocina. Con la panza siempre llena y nada que hacer sino dormir, el excelente animal se consideraba feliz y siquiera tenía el tino de no pedir más.

Era en invierno, con tiempo de sequía, grandes heladas, y los campos estaban en muy mal estado: a tal punto que los caballos, lo mismo que las vacas y las ovejas, estaban sumamente flacos y con miras de volverse osamentas.

Se quejaban, pues, de su mala suerte y no teniendo que comer, se lo pasaban maldiciendo del hombre, su amo, que no se acordaba de ellos y los dejaba abandonados, sin hacer nada en su favor; y no dejaban de mirar con envidia al cerdo a quien no se mezquinaba la comida, dándole de todo a él, como si fuera más que ellos.

El cerdo los oía y sin dejar de moler maíz y de chupar con avidez la leche espesada con afrecho, murmuraba con profundo desprecio... y algo de inquietud:

-¡Gente envidiosa, que nunca está contenta! ¡Socialistas!

Flores quemadas

El fuego devastador había pasado por allí; destruyendo, arrasando todo y dejando en lugar de la lozana y tupida vegetación, una extensa mancha negra, de aspecto fúnebre.

La oveja, asimismo, a los pocos días, ya empezaba a recorrer el campo quemado, encontrando entre los troncos calcinados de las pajas brotes verdes que saboreaba con tanto mayor deleite, cuanto más tiernos eran.

Alcanzaba ya a saciar su hambre con relativa facilidad y pensaba que las quemazones no son, por fin, tan terribles como lo suelen ponderar algunos.

Y justamente encontró a la mariposa que andaba revoloteando por todos lados, triste como alma en pena que busca, sin poderla encontrar, la puerta del cielo, y lamentando el terrible desastre causado por el fuego.

La oveja le preguntó, entre dos bocados, por qué lloraba tanto; y contestó ella entre dos sollozos: «por las flores».

La oveja se echó a reír, encontrando peregrina esta idea de llorar por las flores, cuando con sólo dos noches de rocío volvía a crecer el pasto con tanta fuerza.

-Cierto es que las flores son bonitas -dijo-, con sus colores tan variados, y su perfume tan suave; pero aunque me guste también comerlas porque dan más sabor al pasto, creo que muy bien puede uno pasarlo sin ellas, y que no porque falten, se debe dejar de comer ni deshacerse en llanto.

-¡Ay! -contestó la mariposa-. El pasto volverá a crecer seguramente y las ovejas a llenarse; pero las flores, ellas no volverán en todo el año con sus colores hermosos y su delicioso perfume; siempre habrá de comer para la hacienda, pero no ya para las mariposas.

El médano y el pantano

Justamente por donde pasaba el camino carretero, un médano amontonaba arena siempre tan removida por el viento, que nunca podía crecer en ella una mata de pasto. El médano sentía verse tan inútil, la cosa peor y más humillante en este mundo; y cuando por las lluvias se había puesto intransitable el pantano que se extendía a sus pies, y que los carreros tenían por fuerza que cruzar por la arena para evitar de dos males el peor, sufría al oírlos renegar contra él.

La suerte del pantano no era mejor: los carreros lo cruzaban con el Jesús en la boca, por poca agua que hubiera caído, casi seguros de quedarse atascados en él, y poco cariño le podían tener a semejante estorbo. Aun en verano, cuando estaba seco, y que no presentaba más que su área polvorosa y desnuda, lo miraban de reojo, acordándose de los malos ratos pasados en él.

Pero, a fuerza de vivir juntos y de contarse sus penas, empezaron el médano y el pantano a prestarse mutuo auxilio. Ayudado por el viento travieso, el médano desparramó poco a poco su arena sobre el pantano, tapando con ella los pozos cavados en éste por el médano, y que ambos se cubrieron con pastos finos y tupidos, sin que en uno se estancara el agua, sin que en el otro se moviera ya el piso con el sople del viento.

Y vino el día en que quedaron parejos el pantano y el pasar de los carros.

En ambos podían pastar los rebaños y cruzar las tropas de carros, sin que los carreros renegasen, incontrastable prueba de lo acertada que había sido su alianza.

Maledicciones

Mientras desfilaba la majada, al salir del corral, un carnero que caminaba solo, escuchaba la conversación de dos ovejas que iban detrás de él. Hablaban de sus compañeras y criticaban sin piedad a todas las que pasaban cerca de ellas. «¡Qué facha! ¡Qué modo de caminar! ¡Qué lana fea! ¡Qué gorda! ¡Qué flaca!» y mil otras cosas peores, algunas.

El carnero, pensando al oírlos, que quienes así hablaban no podían ser sino un compendio de la hermosura ovejuna, se dio vuelta, dispuesto a admirar, y se encontró con dos caches horrorosos que casi lo asustaron.

La mulita indiscreta

Al pasar, de noche, cerca de la cueva de unos peludos, una mulita oyó el ruido de la conversación, y como es bastante curiosa por naturaleza, se acercó despacio y paró la oreja para escuchar mejor. Primer no oyó más que el murmullo confuso del cuchicheo; y pensó que no debían hablar de religión ni de política, pues parecían muy sosegados; concentró su atención y empezó a distinguir las palabras cuando comprendió que de ella misma y de su familia se trataba.

Pensó, pues parecen ser bastante amigos, aunque parientes, los peludos con las mulitas, que estarían haciendo su elogio, y ya se preparó a saborear alabanzas que tanto mayor valor tendrían, cuanto más sinceras tenían que ser.

Había vivido poco, ignorando todavía que a los ausentes, lo mejor que les pueda suceder, es que no se acuerde nadie de ellos, y prestando más y más el oído, oyó que uno tras otro, como frailes en responso, los peludos cantaban sus glorias y las de su familia, pero de singular modo, no dejando un vicio, un defecto, un ridículo, que no atribuyeran a ella o a alguno de sus más queridos deudos. Oyó cosas terribles, que nunca se hubiera pensado que pudiesen salir de la boca más odiada, invenciones pestilenciales, calumnias ponzoñosas, pérfidas exageraciones y restricciones peores, alegres votos de muerte, de ruina, de deshonra para ella y para los suyos; y se fue corriendo a su cueva, a contarle todo a su madre, aniquilada por el dolor de haber oído tamañas cosas.

-¡Bien hecho! -le dijo la madre-, bien hecho, por indiscreta. Guarda tu oído de las rendijas, pues no acostumbran ellas cantar alabanzas ni tampoco tienen para qué guardar la boca.

Vae soli!

Cazadores de todas clases hacían estragos entre los bichos silvestres de la Pampa. Unos con escopetas mataban a larga distancia perdices, patos y palomas; otros con boleadoras perseguían al avestruz y al venado; las mulitas y los peludos, en las noches de luna, eran degollados por centenares; no escapaba ningún animal de ser víctima de la codicia o sólo del instinto destructor del hombre.

Formaron una sociedad para tratar de aminorar sus males, y cada uno de los socios se comprometió a avisar a los demás por señales apropiadas a sus medios, de cualquier peligro de que tuviera noticia.

Por cierto que esto no impidió del todo la matanza, pues siempre hay incautos o malévolos, pero la hizo disminuir en grandes proporciones.

Al mirasol le propusieron entrar en la sociedad; pero no quiso él. Alegó que no tenía enemigos; que sus relaciones con el sol lo elevaban demasiado encima de los demás habitantes de la tierra, para que pudiera rebajarse a ser un simple miembro de cualquier asociación; que su género de vida, puramente contemplativa, no admitía que se pudiese molestar en avisar a los demás de peligros que para él no existían; que no podía desprender su atención ni un momento de la adoración perpetua del astro del día, al cual había consagrado su vida; y que por fin, siendo él de una flacura tan extrema, la misma muerte temería mellar su guadaña en sus huesos y no corría personalmente ni el más remoto riesgo de incitar la codicia de los cazadores. En vano don Damián, el venado, persona muy prudente, le hizo observar que nadie en este mundo puede guarecerse a la sombra de su propio cuerpo; le opuso el mirasol los invencibles argumentos del egoísmo.

Pero sucedió que entró la moda entre las mujeres, de llevar de adorno plumas en la cabeza, y particularmente copetes delgados y finos. Pronto se les ocurrió a los cazadores que el copetito blanco del mirasol era lo más apropiado para el objeto; y la matanza empezó.

¿A quién hubiera podido ser más útil el aviso del peligro que a este eterno soñador cuya vista siempre queda perdida en las regiones etéreas y que parece olvidarse de que la tierra existe?

No se había querido dar por solitario de sus semejantes; y dejaron éstos, indiferentes, que perdiera la vida.

Cada uno, en este mundo, de todos necesita.

La gran conejera

Parecían haberse olvidado los conejos de que los repollos y las zanahorias no crecen en la conejera; y se habían amontonado en ella, cavando cada día más cuevas, y también encontrando la vida, cada día más difícil. Como nadie se ocupaba de sembrar ni de plantar, los precios de los alimentos habían subido enormemente, y a pesar de cavarse cuevas y más cuevas, éstas no alcanzaban para la población siempre creciente de la conejera, y los precios de los alquileres iban por las nubes.

Todo estaba repleto, desbordaba; siempre había que fundar más escuelas, crear más hospitales, abrir nuevas vías. Tanto para todo esto como para impedir que siguiese esa aglomeración anormal, las autoridades inventaron impuestos nuevos y perjudiciales al desarrollo de la fortuna pública, y como se quejaban muchos de que no había trabajo para ellos, la miseria era grande, y pocos eran los que alcanzaban a satisfacer su apetito.

La situación era lo más tirante, y hasta disturbios graves se hubieran podido producir, cuando un conejo, iluminado, no hay duda, por una luz divina, un conejo de genio, se acordó que fuera de la conejera había campos inmensos, despoblados y fértiles, donde la vida abundante quedaría asegurada para cualquier número de conejos que fueran allá a plantar repollos y sembrar zanahorias.

Convenció a las autoridades; éstas dejaron por un momento de atormentar su imaginación exhausta, y en vez de seguir buscando nuevas fuentes de impuestos, regalaron a cada conejo que quisiese ir a plantar repollos, una pequeña área de tierra desierta.

La abundancia renació como por encanto, y hasta los que quedaron en la conejera tuvieron con qué comer a sus anchas, pues los que de ella habían salido producían para comer, vender, dar, prestar y tirar.

Los zánganos en la colmena

Las abejas, un día, creyeron que andaría mejor el gobierno de la colmena si estableciesen impuestos para costear los servicios públicos. Viendo que los zánganos andaban ociosos, les ofrecieron encargarles la cobranza, lo que éstos aceptaron gustosos, ya que era trabajo liviano y bien remunerado.

Pero, poco a poco, indujeron éstos a las abejas a aumentar el número de los cobradores, consiguiendo así colocar a una cantidad tan considerable de sus amigos, que hubo que aumentar los mismos impuestos para pagarles, y que toda la miel de la colmena amenazaba ser poca para tanta gente.

Las abejas se dieron cuenta del peligro y decretaron la inmediata expulsión de los zánganos. Hubo llantos, y los zánganos preguntaron llorosos a las abejas qué iba a ser de ellos, una vez en la calle, y las abejas les contestaron: «¡Que hagan miel, pues, ustedes también!»

La gallina y el cuchillo

Hacía tiempo que la gallina soñaba con vengar de la tiránica crueldad del hombre a todos los de su raza que había visto degollar, cuando un día quiso a casualidad que encontrase en el suelo un cuchillo.

Ignoraba que el débil, después de esperar a veces siglos, todavía tiene, cuando le parece haber llegado la hora de la justicia, que aprender el manejo de la espada puesta por ésta en sus manos; quiso apoderarse del arma y no hizo más que cortarse las patas lastimosamente.

Flores marchitas

¡Oh! flores hermosas, las del Deseo ¡purpúreas, enormes, y de perfume embriagador! El viajero anheloso se apura, sube, se trepa sin sentir el cansancio hasta la cima, de donde parecen inclinarse hacia él, iluminando el horizonte. Extiende la mano, toma de ellas un ramillete...

...El ramillete ya está ajado; sus colores han palidecido, sus pétalos se cierran, su perfume se evapora; ya no es la flor atrayente del Deseo; es la flor severa de la Realidad.

Las conserva el viajero; y mucho tiempo después, las volverá a ver, incoloras, con su perfume tenue y deliciosamente apagado de flores marchitas del Recuerdo.

Y si se da vuelta, verá que en la planta han quedado otras, purpúreas todavía, pero de una púrpura deslucida, triste, y cuyo perfume, a la vez suave y amargo, desconsuela. Son las flores del Pesar; también, en otro tiempo hermosas flores del deseo, dejadas ahí por descuido, por desdén o por olvido, por no haber podido o por no haber querido, también por no haberse atrevido quizá, o por no haber sabido.

Interesante sesión

No se sabe muy bien por qué fue, pero una parte de los animales resolvió protestar enérgicamente contra su gobierno, y se llamó por carteles a una gran reunión para cambiar ideas, elaborar programas y echar, por fin, si cuajaba, las bases de alguna revolucioncita, aunque no fuera más que para pasar un rato.

La reunión fue numerosa; muchos oradores enérgicos, unos, o imperiosos, insinuantes otros, o irónicos, y también fastidiosos, trataron de hacerse oír, pero les era imposible dominar el tumulto.

El burro, en ese trance, pensó que sólo él podría imponer su voz y que esto seguramente lo haría elegir jefe del nuevo partido.

Subió, pues, a la tribuna; frunció las cejas, paró las orejas, tomó una actitud tan seria, tan imponente, tan doctoral, que todos, creyendo que iba a rugir, se callaron.

No hizo más que rebuznar: y se disolvió la asamblea en medio de risas.

La oveja merina y las ovejas criollas

Llovía: acurrucadas las ovejas tiritaban de frío. Una oveja merina, de lana fina, larga y tupida, a pesar del magnífico y espeso manto que la cubría, parecía sufrir más que las que la rodeaban, mal tapadas éstas, sin embargo, y sólo en parte, por unos mechones malos que dejaban pasar el agua hasta el cutis.

La merina se quejaba y las otras se admiraban de que se quejase, vestida como estaba, por una mojadura, cuando ellas, casi desnudas, soportaban lluvias y fríos sin decir nada.

Una oveja vieja, que habiendo vivido mucho, sabía muchas cosas, les dijo: «No extrañen se encuentre tan desgraciada: es hija de ricos; y la pobreza, madrastra como es, mejor que la prosperidad, entiende de educación».

Las dos manos

¿No ve? ¡otro golpe! -dijo, sacudiéndose, la mano izquierda a la mano derecha, que armada de un martillo, iba a seguir pegando como si ni tal cosa, y declaró que, cansada ya de ser siempre la víctima, también ella quería manejar el martillo, el serrucho, el hacha y el cuchillo, y que a su vez, la derecha tendría parado el clavo o asentaría la tabla, el trozo de leña o el pedazo de carne.

La mano derecha, sonriéndose, asintió, y teniendo derecho el clavo, entregó a la izquierda el martillo. Ésta lo levantó con esfuerzo, no pudiendo hacer menos que susurrar: «¡Qué pesado!» y dio con él varios golpes con tanta torpeza, que el clavo voló y la mano derecha hubiera quedado destrozada si no hubiera estado sobre aviso.

Se burló de la izquierda, que ya no podía más, sin haber todavía hecho trabajo útil, y la dejó convencida de que si bien estaba hecha para ayudar, no era capaz de manejar las herramientas.

-Uno que otro golpe o tajo recibes, es cierto -le dijo-; pero tu tarea no es tan penosa como la mía, y lo mejor, en este mundo, es hacer lo que uno puede, sin meterse en lo demás.

El gato blanco

Un gato blanco se sentía orgulloso por su magnífico pelaje. Todos lo admiraban y sus amos lo cuidaban con todo esmero, manteniéndolo en la abundancia.

Pero le sucedió lo que a muchos; los amos, en una mudanza, lo dejaron olvidado, y tuvo que andar vagando y buscarse la vida. Quiso hacer lo mismo que los demás gatos pobres y cazar ratones, lauchas y pájaros para

mantenerse; pero no podía nunca agarrar nada, a pesar de no ser de los más torpes, sin explicarse el porqué de su poca suerte.

Un gato gris, hábil y afortunado al punto de no envidiar a sus semejantes, descubrió el secreto de su mala fortuna y le aconsejó para poder encontrar de comer en cualquier parte, rebajar un poco el brillo de su traje; que fuera revolcándose en el polvo, porque por su pelaje blanco, los ratones, las lauchas y los pájaros de lejos lo veían venir y se escondían o se mandaban mudar, y que por esto era que no cazaba nada. -No sienta bien -agregó-, un traje demasiado vistoso al que tiene que vivir de su trabajo.

El entierro del perro

No hay como ser finado para ser bueno. Un perro muy querido de sus amos había muerto: lo enterraron en el jardín los niños de la familia, y casi lloraban al recordarse unos a otros todas las cualidades del finado.

-¡Qué bien cuidaba la casa! -dijo uno.

-¡Tan valiente que era! -contestó otro.

-Tan fiel.

-¡Tan bueno!

-Tan obediente.

Y mientras deshilaban ese rosario de alabanzas, el hijo del jardinero se acordaba que con el pretexto de cuidar la casa, el perro lo había mordido a él en la mano, sin la menor provocación.

Una lechuza al oír que trataban de valiente al muerto, no pudo hacer menos que reírse, acordándose que un día ella lo había asustado con sólo rozarlo a la pasada, corriéndolo después a gritos, un gran trecho.

¡Fiel! pensaba el gato, encogiéndose de hombros, ¡sí! cuando le daban de comer; y muy bien se acordaba que el perro se había quedado todo un día en casa del vecino, por haber sido agasajado con un pedazo de carne.

¿Bueno, él? escuchaba con asombro una oveja. Es que nunca habrán sabido por quién fue muerto el cordero que una vez encontraron destrozado.

¡Obediente! ¡qué rico!, cacareó la gallina. Sí, cuando lo llamaban a comer; pero cuántas veces, a pesar del reto que un día le dieron, me robó a mí los huevos. Es cierto que desde entonces, se sabía esconder bien para comérselos.

Asimismo siguieron los niños celebrando las virtudes del finado, sin querer oír nada de sus defectos; porque siempre dura más, y por suerte, el recuerdo de lo bueno que se ha perdido, que el del mal que ha dejado de causar dolencia.

El chajá y los patos

Una bandada de patos estaba a punto de volar para otros pagos; pero unos querían ir al sur, diciendo que en vista de la estación calurosa que se acercaba, se estaría mucho mejor allá, con grandes lagos siempre llenos de agua, aun en los días más fuertes del verano.

Los otros porfiaban que, acercándose la cosecha del trigo, era mucho mejor irse al norte, a Santa Fe (habían leído sus informaciones en los diarios), donde, decían, hay inmensos sembrados; allá se podría anidar y empollar en las mejores condiciones, por la abundancia de grano que siempre queda en los rastrojos. Ambas partes daban excelentes razones a favor de su opinión, pero ninguna podía vencer a la otra, probando una vez más que, aunque digan, toda discusión es inútil entre gente de opinión contraria.

Por suerte apareció por el cañadón un chajá, y los patos convinieron en someterle el caso, comprometiéndose cada bando a acatar su laudo sin más trámite. Los patos que querían irse al sur, se acercaron los primeros, y después de saludar al chajá, le dijeron:

-¿No es cierto, señor chajá, que es al sur a donde debemos ir?

-¡Chajá, chajá! -contestó sin vacilar el interpelado, y con un tono de convicción que no admitía [84] réplica. Los patos, agradecidos, se pusieron en marcha con rumbo al sur, gritando a los compañeros:

-¿No ven?

Pero los que querían ir al norte los dejaron salir solos y preguntaron también al chajá:

-¿No es cierto, señor chajá, que es al norte a donde debemos ir?

-¡Chajá, chajá! -volvió a gritar el chajá con la misma convicción, y los patos se fueron al norte, persuadidos de que el chajá les daba la razón.

El chajá, muy prudente, había sabido evitar compromisos y quedarse bien con todos.

La ostra madreperla y la ostra común

Con la misma ola vinieron a dar en la misma roca dos ostras, hijas de la misma madre, bien iguales al parecer, y se arreglaron lo mejor posible, pegándose en la piedra para vivir allí. Y crecieron, juntas, sin que nunca se les ocurriera a ninguno de los innumerables peces que diariamente pasaban por cerca de ellas y tan bien creían conocerlas, que pudiera haber entre ambas la mínima diferencia.

-Son dos ostras, y nada más -decían los peces, con una mueca de desdén-. Hasta que vinieron los pescadores; al llegar a nuestras ostras se abalanzaron ambos sobre una de ellas, despreciando del todo la otra, y pelearon cuchillo en mano para disputarse el único objeto de su ambición.

Los pescados asistían atónitos a semejante trance, llamándoles la atención, primero que tanto pelearan esos hombres por una ostra, y más, que fuera por una sola y no por la otra.

-¿Por qué no toman cada uno una, ya que son iguales? -decían.

-Es que -contestó una almeja muy versada en ciencias sociales-, no son de ningún modo iguales, aunque así lo parezcan. La igualdad no es cosa de este mundo; y siempre la madre perla, aun cuando su cáscara sea vulgar y fea, valdrá más ella sola que toda una multitud de ostras comunes.

La babosa

Deslizándose pesadamente entre las sombras de la noche, evitando con mucho cuidado el atravesar en descubierto las sendas iluminadas por los rayos de la luna, la babosa se arrastraba por el suelo, buscando en qué planta dejaría caer su baba asquerosa.

Plantas espinosas de abrojo, plantas grises y feas de cepa-caballo o de chamico hediondo, ortigas y yuyos venenosos parecían solicitar sus repugnantes abrazos, pero pasaba ella como despreciándolas. Algo mejor quería. Ensuciar lo sucio ¿para qué?, hubiera sido gastar en vano la baba de que anda tan bien provista.

Y siguió su camino hasta encontrar un rosal cargado de flores en el que trepó, recorriendo todas las ramas; trabajo le dio, por cierto, pero ¡qué gloria, qué gusto, qué deleite!, pudo ensuciar, sin dejar indemne una sola, todas las hermosas rosas espléndidamente abiertas por la primavera y perfumadas por el sol.

Cóndor y chingolo

El cóndor en su poderoso vuelo remontó a la cima de la montaña, se asentó en ella, torció su horrible pescuezo desplumado y recorriendo todo el horizonte con una orgullosa ojeada, exclamó:

-¡Yo, buitre, soy el centro del orbe!

Un gavián, amodorrado en la punta de un poste del telégrafo en plena Pampa, contemplaba entre los párpados a medio cerrar el horizonte lejano que por todas partes a igual distancia lo envolvía, y despertándose, también exclamó: ¡Yo, gavián, soy el centro del orbe!

Pero también el carancho, asentado en la cima de un sauce, viendo el horizonte amplio de la llanura extenderse por igual trecho a todos lados, gritó: ¡El centro del orbe soy yo, carancho!

El chimango, mientras tanto, dejó durante un rato de rascarse los piojos para cerciorarse desde lo alto de un poste del corral, de que, sin la menor duda el centro del orbe era él, pues no había más que fijarse en el horizonte para comprobar el hecho. Y tanto se convenció de que así era, que se lo dijo al chingolo.

Pero el chingolo, que no tiene ni una pluma de zongo, no se la quiso tragar sin ver; voló para arriba, hasta lo más alto que le fue posible, y cuando volvió a bajar, le gritó al chimango: ¡Mentira, el centro del orbe soy yo, bien lo acabo de ver!

Y no hay pájaro en este mundo, por chico que sea, que no crea ser el eje de alguna cosa.

La vizcacha inexperta

Criticando, y con mucha razón, a sus padres, que pudiéndola hacer grande y cómoda, pues para ello habían tenido campo a discreción, habían cavado una vizcachera que no alcanzaba siquiera para toda la familia, una vizcacha joven y entusiasta del progreso exclamaba: «¡Pero si es una barbaridad!, haber hecho tan pocos cuartos, tan pequeños, con puertas tan angostas que no puede uno pasar sino de sesgo. Los zaguanes parecen hechos en terreno dado de limosna, y es preciso haber tenido poca previsión para no pensar en que algún día la familia aumentaría. Yo, cuando me establezca, voy a cavar una vizcachera tan grande que ni en todo un siglo la van a llenar mis descendientes».

Así hizo, y habiéndose casado, empezó a cavar una cueva inmensa, con bocas muy grandes por todos lados, zaguanes anchos como para pasar tres vizcachas de frente, cuartos enormes, y en tal cantidad que hubieran cabido diez familias de vizcachas, con todos sus trastos y los mil cachivaches inútiles que suele amontonar ese animal.

Y lo bueno fue que nuestra vizcacha no tuvo hijos, de modo que parecía cementerio ese gran caserón vacío. Nada más que para tenerlo limpio, se hubiera necesitado una multitud de sirvientes, y pronto se cansó de tanto trabajo. Se tuvo que limitar a vivir en cuatro de las piezas más reducidas y abandonó el resto de la cueva. No faltaron entonces alimañas de todas clases para apoderarse de lo que quedaba desocupado; atorrantes y vagos, gente de dudosas costumbres, bullangueros y ladrones, sucios y de mal vivir, que eran un peligro constante para la dueña de la cueva.

No prever ciertas necesidades del porvenir es malo, sin duda; pero anticiparse a ellas sin cordura, es peor.

Amor sincero

La nutria, con incontrastable emoción, se había fijado en que el terú-terú, cada vez que ella salía del agua y empezaba a cavar en la orilla del cañadón, para buscar raíces o por cualquier otro motivo, se venía disparando para estar a su lado. Le hacía mil saludos, estirando el pescuezo y moviendo la cabeza como títere, gritando de alegría y no dejándola ni un rato, mientras quedaba ella en tierra firme.

No tenía ni la menor duda de ser dueña absoluta del corazón del terú-terú, y pensaba que si él no se había todavía declarado, sólo debía de ser por timidez.

Cuando la nutria volvía a zambullirse, el terú volaba hasta la loma más próxima, donde vivía otra gran amiga de él, que era la vizcacha. Y allí se quedaba, cerca de la cueva, esperando la oración, hora en que salía la vizcacha a tomar el fresco, a comer y a cavar la tierra. Cuando empezaba ella su trabajo, la rodeaba de atenciones, rascando también el suelo, como para ayudarla, diciéndole mil cosas, haciéndole la corte.

Pero un día, la nutria lo sorprendió; no pudo dejar de manifestarle su despecho; y requirió de él declarase de una vez a cuál de ellas prefería.

El terú tuvo que confesar que a ninguna de ellas, y que sólo apreciaba como era debido la fineza que para con él tenían ambas de proporcionarle gusanos de todas clases, con escarbar la tierra, la nutria en los bajos húmedos y la vizcacha en la loma.

La boca da besos a la cuchara, pero no son de amor.

Pelea de gallos

Dos gallos peleaban: alrededor de ellos, las gallinas, en rueda, seguían las peripecias del combate, ignorantes del motivo que podrían haber tenido para andar tan enojados.

Y cuando, ensangrentados, ambos dejaron de combatir y se retiraron, rodeado cada uno de las gallinas que más quería, éstas, tímidas, les preguntaron por qué habían peleado con tanto encarnizamiento.

Y cada uno por su lado, erguido, contestó: «porque tenemos púas».

De la cintura a la mano salta solo el cuchillo; mejor dejarlo en casa.

El hornero y la paloma

Una paloma doméstica alababa su habitación, tan cómoda y tan abrigada y hasta con nidos hechos de antemano. El agua, la comida abundante y variada, allí nada le faltaba, y sin trabajo casi, podía pasar en su casa la vida más feliz y más tranquila.

Entre los que la escuchaban estaba el hornero, ese pájaro tan modesto en el vestir, tan hábil y tan asiduo en el trabajo, de costumbres tan sencillas y tan francas, que nunca pide nada a nadie y todo lo espera de sí mismo, y cuya risa sonora tan lindamente celebra sus alegrías, cuán abiertamente se burla de las necedades del prójimo. Y con riesgo de escandalizar a los que con los ojos, redondos de admiración, quedaban considerando a la paloma como un ser digno de envidia, se rió a carcajadas de lo que ella decía. Él, dijo, no tenía más que una casita de barro, edificada con mucho trabajo en un poste del telégrafo, y que siempre necesitaba composturas; a veces tenía que ir lejos a buscar los materiales; nadie, por supuesto, pensaba en prepararle la comida y vivía de lo que encontraba por allí. Tenía que formar nido para sus pichones y no podía costear sirvienta, ni cuando su señora estaba empollando; y asimismo no cambiaría, decía, su suerte por la de esta pobre paloma con su vivienda edificada a todo costo y con todas las comodidades de que la rodeaba el hombre. «Mi casa es un rancho, agregó, pero el rancho es mío; no viene el dueño de casa a apoderarse de mis pichones, como si fuesen de él, con el pretexto de que da de comer a los padres.»

«Del palacio ajeno que a tan alto precio arrienda la pobre esclava, la echarán cuando quieran; mientras defenderé yo, dueño, hasta la muerte, mi pobre rancho de barro».

Aun pequeña, la propiedad enaltece.

Las colmenas

No hay peor enemigo que el de tu oficio.

En el fondo de un jardín había tres colmenas, cuyas abejas trabajaban con igual empeño, pero no con igual éxito, sencillamente por estar una de las colmenas un poco más al reparo del sol y del viento que las otras.

Los tres enjambres eran del mismo origen, y todas las abejas parientas; pero no por esto se ayudaban de colmena a colmena, y cada familia trabajaba sola para sí, con guiñadas de envidia, más bien que de cariño, a las vecinas.

Una primavera de muchas flores, la colmena mejor situada se apresuró a desparramar en los alrededores su ejército de obreras y dio tal empuje a los trabajos, que se llenó de miel hasta más no poder, afirmando victoriosamente su ya afamada prosperidad.

No pudo hacer lo mismo la que estaba a su lado, porque, no siendo su exposición tan favorable, no tuvo bastante calor para apresurar el nacimiento de sus obreras; y cuando éstas ya pudieron salir, las flores escaseaban. Apenas se pudo juntar en esa colmena bastante miel para evitar el hambre durante el invierno, y las abejas de la colmena rica, al ver a sus vecinas cabizbajas y flacas, pronto dieron a conocer su indiscreta alegría que no tanto su propia prosperidad, como la desgracia ajena, las llenaba de gozo.

Y quizá se mueren de tristeza las abejas pobres a no ver al otro lado, completamente arruinada, la tercera colmena, con sus habitantes muriéndose de necesidad, lo que fue para ellas el gran consuelo que les permitió sobrellevar su propia pobreza.

El escarabajo y el picaflor

Cada uno, en este mundo, tiene su modo de ser, sus cualidades y sus defectos. El escarabajo es útil, el picaflor es bonito.

Pero el escarabajo no se contentaba con ser útil, y que se tuviera consideración por su trabajo; envidiaba al picaflor, de quien todos ponderaban la gracia y la gentileza, la hermosura y el brillante plumaje; no perdía ocasión de rebajar sus méritos, creyendo seguramente así ensalzar los propios. Todo lo que hacía el picaflor era criticado por el escarabajo, y hasta sus buenas acciones eran dictadas, al oírle, por la vanidad o por el interés.

-Es un haragán presumido; incapaz de trabajar; saquea a las flores, pero no sabe hacer miel. Bien mirado, no sirve para nada; dicen que es bonito; será, pero no piensa sino en lucirse y acaba por dar rabia el ver a ese atolondrado andar de flor en flor, festejándolas a todas y haciéndose el delicado hasta no tocarlas sino con la punta del pico. Yo no soy así, señor -agregaba-; siempre trabajo calladito, sin tratar de lucirme más que por mis esfuerzos en llevar a cabo mi ruda tarea de estercolero. Pero también todo el mundo sabe cuánto más vale un escarabajo que un picaflor.

Y así lo creía él.

La lechuza y el zorro

Durante una ausencia de la lechuza, el zorro le comió los huevos. Al volver ella a la cueva donde tenía el nido, hizo mil conjeturas sobre quién podría haber sido. El lagarto le era sospechoso y también la comadreja; el zorrino era muy capaz y el hurón bastante aficionado; varios otros bichos había a cual más ladrón y para quienes especialmente los huevos eran un manjar predilecto, y la pobre lechuza, deplorando su descuido, no sabía a quién echar la culpa.

No dejó de cruzar por su mente dolorida como una fugitiva idea que bien podía ser el zorro, pero la rechazó casi con indignación contra sí misma, al acordarse que el zorro era su propio compadre, y aunque algunos le aseguraron que era un gran cachafaz, no lo quiso creer capaz de semejante fechoría.

Y lo consultó, al contrario, sobre las medidas más conducentes a evitar en el porvenir la misma desgracia.

El zorro, muy comedido, se prestó a ello con la mejor voluntad, indicó mil medios, precauciones complicadas combinaciones de puertas y de cerraduras, y de estas últimas se guardó, sin decir nada, las llaves duplicadas.

El zorrino manso

Amanzado desde cachorrito, un zorrino vivía en una casa, en medio de la familia y de los animales domésticos, causando la admiración de todos por la decencia con que se portaba, sin dejar escapar jamás el mínimo olor a... zorrino.

Dedicaba su mayor amistad a los niños de la casa y a un cusquito que siempre andaba con ellos.

Y con la cabecita levantada como si buscara algo, olfateando, corría el zorrino por todas partes, se dejaba acariciar, comía carne en la mano del amo, entraba en el rancho, todo sin dejar sospechar siquiera que fuese capaz de hacer lo que tan bien hacen sus semejantes.

Pero un día, mientras estaban jugando los niños, el cusco y él, revolcándose en un montón en la tierra del patio, los vio un perro grande de afuera, que había venido con una visita; y se quiso entrometer y jugar él también.

Toscamente se abalanzó y ladró. El cusco, creyendo que lo quería morder, se asustó, los niños echaron el grito al cielo y quisieron disparar, y el zorrino, olvidándose de su esmerada educación para acordarse sólo del peligro inminente, soltó por todas partes su chorro hediondo, perfumando con él lo mismo al intruso que a los niños y al cusco; y el amo, que estaba en la cocina tomando mate con la visita, frunció la nariz y dijo: «¡Qué olor a zorrino!» sin acordarse en el primer momento de que al zorrino mejor amansado le puede volver la maña el día menos pensado.

La rosa, el picaflor y la mariposa

El ruiseñor, cansado de pasar hambre, había llevado a otros pagos su guitarra y sus cantos; la rosa, el picaflor y la mariposa, no teniendo los medios de seguirlo, habían pensado en sacar de sus dotes naturales la fortuna que tanta gente sin talento saca de oficios deslucidos y sin arte. Pensaron en ofrecer a los seres desprovistos de los adornos que embellecen, las pedrerías y el esmalte, los perfumes y la gracia que con prodigalidad les había deparado la Naturaleza.

No dudaban del éxito y calculaban de antemano los montones de dinero que les iba a valer esa luminosa idea. Pensaban desquitarse pronto del desprecio que les manifestaban todos los insectos que fabrican o producen algo de lo que se vende, y los que saben aprovechar el trabajo ajeno.

Abrieron un bazar de artículos de lujo, y la mariposa ofreció polvos de oro al gusano de seda. Éste, buen obrero, pero de toscos modales, contestó con una mueca: «¿Para qué quiero yo polvos de oro?»

La rosa les ofreció algo de su perfume a las flores del repollo, buenas campesinas ignorantes y groseras, que se taparon las narices como escandalizadas.

El picaflor recorrió las calles con una caja llena de pedrerías hermosas, ofreciéndoselas a los chingolos que encontraba. Pero los chingolos, muchachos locos y sin instrucción, les preguntaban si eran para comer; y al saber que no eran granos, alzaban el vuelo mofándose del importuno.

Pronto se fundió el boliche; se tiraron en remate por menos que nada las preciosas obras de arte de los socios; y los tres estuvieron en la miseria.

Muchos años después, comprendió la gente lo que se les debía y consagró su memoria.

Consuelo desconsolador para los artistas hambrientos.

El gato montés y la nutria

La nutria aseguró un día al gato montés que podría ella pescar muchos más peces de lo que hacía, y que, si se contentaba con pescar sólo los que necesitaba para su consumo, era porque no sabía dónde guardarlos. Confesó, que le daba lástima tener que desperdiciar tanta riqueza, pero todavía le parecía mejor dejar vivos los peces que tirarlos sin provecho para nadie. Asimismo suspiró, «¡cuánto siento no poder guardar algo de lo que hoy podría economizar para cuando la vejez me impida trabajar!»

El gato, a quien tanto gusta el pescado y que casi nunca puede lograrlo, al momento comprendió qué horizontes se abrían ante él, y dijo: «¿Podría usted cazar los peces sin matarlos?» -¡Cómo no! -contestó la nutria; casi sin lastimarlos. - Bien; entonces, dijo el gato; hagamos un negocio. Conozco yo un vivero natural, escondido entre las rocas, inaccesible para los pescadores, a donde me comprometo a llevar los pescados que usted me entregue; y allá se reproducirán de tal modo, que cuando la vejez le impida trabajar, usted tendrá a mano pescado para toda la vida.

-¿De veras se reproducirán tanto?

-¡Quién lo duda! -contestó el gato con el entusiasmo arrebatador de un cuentero del tío-. ¡Ciento por ciento! y garantido por mil exclamó, no sin orgullo.

La nutria quedó convencida; la ilusión embriaga, y contentándose con esa garantía que tan generosa como verbalmente le daba el gato, empezó a entregarle con regularidad cada día el más lindo pescado de los que había tomado. El gato se lo llevaba; se internaba en el monte, y ¡quién, entonces, lo hubiera visto almorzar!

Cuando asomó la vejez, la nutria quiso conocer el vivero y empezar a aprovechar su reserva de pescados, que el gato siempre le ponderaba.

Pero, un día con un pretexto, otro día con otro, el gato siempre prorrogaba la inauguración, y cuando ya no le fue más posible echarse atrás, desapareció.

La nutria se convenció, algo tarde, de que cuanto más fuerte es el interés, menos seguro está el capital.

Los gatitos en la escuela

Una gata vieja, experimentada profesora, con los anteojos bien asentados sobre la ñata, explicaba a toda una aula de gatitos que era muy feo el mentir; que un gatito bien educado nunca debía robar la leche; que era un gran pecado el ser goloso, y que si era muy bien el cazar lauchas y aun comerlas, se debía evitar en lo posible hacerlas sufrir inútilmente, como lo solían hacer tantos gatos chicos y grandes.

Y la maestra agregó: «Bien segura estoy de que nunca en casa de sus padres, ninguno de ustedes ha visto tan malos ejemplos...» -¡Nunca, jamás! señorita -exclamaron a la vez todos los gatitos-. Bien -dijo la maestra-; pero puede ser que por casualidad los hayan visto en otras partes... -¡Sí, señorita, los hemos visto! -gritaron-. ¡Oh! ¿y dónde? -preguntó la gata, con una sonrisa-. En casa de Fulano, señorita-. Y cada gatito nombró la familia de algún otro alumno.

Los ojos a la casa del vecino, las espaldas a la propia.

El toro y la argolla

Un toro, de abolengo regular no más, había nacido con un genio temible; desde chico todo lo volteaba en el tambo y en el pesebre: nadie se le podía acercar, y el amo, al verlo tan indomable, desesperaba de poderlo jamás preparar para la venta.

Pero se le ocurrió, un día, hacerle ver que todos los toros más finos del rodeo tenían de adorno una argolla en la nariz; y hasta le dejó entender, mintiendo, que era de oro y que era la señal para distinguir a la torada decente de la de medio pelo.

El toro, que ya se disponía a cornear, se contuvo, miró, observó y vio que era cierto, y se quedó quieto durante un rato para permitir que el amo le colocase a él también la argolla. Cuando la tuvo puesta, quiso seguir embromando, pero sintió que de la argolla, a cada gesto, lo tironeaban y tanto le dolía que pronto tuvo que aflojar y someterse.

La lisonja es un gran domador.

Los dos carneros

Los carneros, en una majada, celosos y peleadores, habían criado uno para con el otro un odio tremendo. No se podían ver; hablaban pestes uno de otro y no se podían encontrar sin soltarse alguna grosería o por lo menos una ojeada de esas que morderían si los ojos tuvieran dientes.

Asimismo nunca se habían atrevido a pelear uno con otro, y quizá por no haberse descargado la tormenta, era por lo que andaba tan pesada la atmósfera.

Un día por fin reventó. Una palabra más fuerte, una mirada más insultante, o quizá sencillamente el viento norte, y se desplomó una tempestad de topadas.

¡Y fuertes!, no de esas topaditas de carnero mocho que son de pura parada, sino topadas de carneros aspudos, que suenan y duelen. Al fin ambos se cansaron sin haber cedido ninguno; y desde entonces mantuvieron entre sí una amistad inviolable y hasta edificante por lo desinteresada que era.

De la topada, la amistad.

El capón flaco

En el chiquero disparaban por todos lados los capones, sintiéndose amenazados por el ojo certero y la mano vigorosa del resero; y tanto más gordos se sentían, más asustados andaban.

Entre ellos estaba un capón bastante viejo, que los compañeros se admiraban de ver tan tranquilo en semejante trance.

¿Por qué privilegio singular había llegado a su edad sin haber caído jamás en la volteada? Su lana era linda, su tamaño regular; sólo su estado de gordura quizá dejaría que desear; y efectivamente parecía más bien delgado.

El resero ni lo revisó siquiera; a la simple vista se dio cuenta de que no valía la pena mirarlo de más cerca, y lo dejó tranquilo.

Un caponcito de los a quienes todavía no podía tocar la suerte, oyó entonces que el dueño de la majada decía al resero, señalando al capón viejo: «A ese animal le voy a poner cencerro, pues nunca lo podré vender; nunca lo he visto gordo; apenas a veces ha llegado a ser regular. No sé lo que tendrá, pues no parece enfermo».

Y preguntó el caponcito al capón viejo cuál era su secreto para haber evitado la suerte de todos los demás.

El viejo le contestó que, habiéndose fijado en que cuanto más llamaban la atención sus compañeros por su estado de prosperidad, más expuestos estaban a ser apartados por gente desconocida que no podía tener buenas intenciones, había formado desde chico la resolución de no lucirse nunca demasiado, de comer solamente para sostenerse en buena salud y quedar en un estado modesto, casi humilde, para no atraerse desgracias. «Y ya ves el resultado; he pasado la vida muy tranquila, sin sobresaltos de ningún género, y hasta honores me van a conceder, ya que está el amo por ponerme campanilla.»

La araña

La araña había tendido su tela en lugar muy propicio para cazar moscas. Al cabo de un rato cayó en la tela, no una mosca, sino un soberbio moscón, y la araña, alegremente ansiosa, lo miraba con toda su atención, estirando los hilos de la tela, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre el cautivo y despedazarlo.

Pero el moscón era bravo y fuerte; empezó a sacudir toda la tela, como Sansón el templo de Baal, y pronto vio la araña que para conservar la presa era de toda necesidad tender sin demora otros dos hilos principales, de la orilla de la tela hasta la rama en que estaba atada.

La araña es mezquina; le pareció mucho el gasto. Es cierto que el moscón era lindo y valía la pena; presas así no se agarran todos los días; pero también dos hilos más, y de los gruesos, ¡amigo! es mucha plata, y quiso creer que podía pasarlo sin ellos.

No esperó mucho rato el resultado; el moscón se fue con tela y todo, y la araña quedó colgando de un hilo, por suerte.

Ni voraz, ni mezquino: ni loco, ni tonto; sólo es juicioso el que sabe medir el gasto con el provecho.

La víbora y el zorro

En medio de una majada en parición andaba la víbora buscando cómo colgarse de la teta de alguna oveja para llenarse de leche, dando de chupar al cordero, como suele hacer, la punta de la cola para engañarlo, cuando oyó el balido de un cordero que se acababa de despertar; y al ratito, la voz de la madre que le contestaba.

No veía a la oveja; estaría detrás de una mata de paja que allí había, y la víbora se deslizó despacio para mirar y topó con el zorro, quien, imitando a las mil maravillas el balido de la oveja parida, trataba de hacerse seguir por el corderito hasta alguna cueva de donde éste no saldría más.

Al ver la cara atónita de la víbora, soltó la risa el zorro: «¿Qué le parece la ovejita, comadre?...»

«¡Eh! ¿Qué quiere?, cada uno se las compone como puede».

Algunos días después, el zorro, en ayunas, oyó el canto de un pájaro entre el matorral: «más vale, pensó, chingolo que nada» y fue despacito hasta donde oía el canto. Y topó con la víbora, quien, imitando a las mil maravillas el silbido de los pajaritos, trataba de indicarles el camino de su garganta.

Al ver la cara atónita del zorro, la víbora soltó la risa: «¿Qué le parece la calandria, compadre?... ¡Eh! ¿qué quiere? cada uno se las compone como puede».

-¿De qué vive Fulano? -De trampas. -¿Y tú? -También.

Hasta el pícaro tiene que vivir en este mundo.